

EL MUNDO.

Año VI—Tomo I

México, Domingo 12 de Marzo de 1899.

Número II



Excmo. Sr. Don Francisco Silvela,
PRESIDENTE DEL CONSEJO DE MINISTROS DE ESPAÑA.

(Vease la «Política General.»)

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

¿Dime, blonda chicuela, de cabecita soñadora y risueña, como la de un genio de Bouguerou, en qué piensas y qué sientes cuando dejas caer tus manos, frágiles y nevadas como dos lirios cuyos sutiles tallos mese el aire, sobre la dentadura del monstruo negro? ¿Qué fluido milagroso pone en contacto tu alma inocente y pura con el alma sonora del piano? ¿Qué extrahumano poder, qué maravillosa adivinación, qué divina telepatía mueve tus dedos que parecen guiados, como niños ciegos y débiles, por alguna Musa invisible y compasiva?

Tú no puedes haber sentido—imposible—todo eso que nos cuentas, Scherezada en miniatura; tus bracitos que acaban de dejar el aro y la muñeca, nos engañan; no hay dentro de tu corazón esas amarguras, esas melancolías, esas desesperaciones, esos sueños, esas tristezas de que nos hablas en el vago lenguaje de las notas. ¿Conoces, acaso, el libro de la vida? ¿Sabes que hay cosas muy malas, y seres muy perversos y espíritus muy negros y muy grandes ingratitudes? ¿Sabes que el amor es el dolor, que el fin del placer es el hastío, que en el fondo de toda copa hay ajajos, que en el fondo de todo goce hay sufrimientos? Mira la pauta: ¿ves? Esos signos que vuelan por ella, como pájaros oscuros por los alambres telegráficos, aislados ó en bandadas, pasan ante tus dulces y serenos ojos de pervinca, cantando la alegría ó la esperanza, ó el amor ó la pena. Cada pájaro tiene su grito, el que le ha dado una alma dolorida y vibrante, y el que sólo oyen los oídos que ya escucharon antes, á través de la existencia, cómo se quejan las ilusiones, cómo suspira el desencanto, cómo habla la pasión, cómo llora la fé, cómo ruge la duda.

Tus dos lustros no pueden saber eso; lo han adivinado. Es mentira que tienes sabiduría; no, no la tienes: no te han alcanzado los años para poseerla; hasta ahora la tierra no te ha enseñado nada; lo que tú tienes, lo traías desde el cielo. Cuando tocas, recuerdas tus momentos de querub. Cuando tocas sientes que se te despliegan poco á poco las alas, como los de una ave entumecida que calienta un rayo de sol. ¿Si nosotros, los que te oímos, casi te las vemos!

Entras en las almas tenebrosas, complicadas, ásperas, de los maestros, con la lámpara de tú inocencia, en la mano. No tropiezas con las escarpaduras, no te hieres con los filos de las rocas, no te manchas con el fango de los pantanos. Los reptiles que anidan en esas almas, no te acometen; te siguen sumisos y obedientes; los murciélagos que han hecho su morada de sombra de esas cavernas, no huyen espantados de tu presencia; vuelan en torno tuyo atraídos por la luz que despiden. Eres allí el hada del bien y de la pureza. El ingenio Mozart, te lleva de la mano por sus palacios, y pone en tu boca su *flauta encantada* para que la suenes; el ceñudo Beethoven se inclina á darte un beso y sonrió cuando te conduce á su empolvado y divino clavicordio; el viejo Bach te sienta en sus rodillas y mientras tú juegas con sucorbata de encaje, que ciñe el cuello rollizo, él te explica las combinaciones de sus fugas.

Los profanos te contemplamos desde lejos con una muda y sagrada admiración, á veces con miedo de que te hagas daño, de que te rompas, porque tienes la fragilidad aparente de las cosas aladas, y juegas —oh atrevida!— con la maza de Hércules.

El pálido y angustiado Chopín, el de las ternuras nebulosas y las extrañas nostalgias, el pobre lunático que confió al teclado la historia de sus infinitas tristezas, no quiere darte aún, porque es muy compasivo y muy bueno, el secreto de su espíritu. Bien es cierto que á nadie se lo ha dado porque también es hosco y huraño; pero ya muestra su simpatía por tí, adorable criatura, y deja que travesees con sus lamentos: tienes ya el privilegio de ser en este mundo de los escasos elegidos que no le profanan.

Liszt sacude su lacia cabellera cortada á pico, encantado de que tus manos *mignone* caminen y brinquen en sus rapsodias, como el gato del cuento que se puso las botas de siete leguas, y Schumann se pone pensativo, observando que eres uno de sus más fieles intérpretes.

¡Oh Paloma Schramm blanda chicuela, alba purísima de un gran día luminoso, vida creada para hacernos amable la sensación del dulce y verter una gota de miel en nuestro acíbar, gracias, muchas gracias.

Todavía nacen seres para el Amor, para el Bien, para la Belleza; todavía brotan nuevas rosas en las campiñas áridas, y nuevas estrellas en los cielos ensombrecidos. No, poeta blasfemo, no está la tierra cansada de dar flores.

Paloma Schramm no es, como esos niños prodigios falsificados, que van por ahí, en la barraca de un saltimbanco, enflaquecidos y canijos, y que despiertan en todo ánimo sano, un sentimiento de profunda misericordia.

Paloma, la niña de ojos de pervinca, está satisfecha de sentirse así como es, una genial adivinadora del Arte; es para ella muy de mañanita, acaba de levanta-

tarse y, alegre y fresca, entreabre las puertas de la vida, para decirnos: buenos días. ¡Oh, sí; tiene la alegría de vivir.

No es de aquí; ya lo conocemos; llegó por casualidad á la Tierra, en una sideral y misteriosa peregrinación. ¿Se quedará mucho tiempo? Quién sabe! Suelen estos seres superiores no sentirse contentos á nuestro lado: no les agrada nuestra burda existencia.

Sin embargo; no hagamos ruido, no sacudamos el aire con nuestra maligna algarazara. Retengamos á la paloma. Y cuando vuele, por fin, en una soberana asunción, pensamos que, de la misma manera que otras sublimes epifanías, ésta no era posible que prolongase su descanso. No, ya sabemos que no eres de aquí, blonda chicuela; tú, como dijo un soñador joven, vienes de la Poesía cual de una patria lejana.

* *

La primavera ha empezado á pintar sus maravillosas decoraciones en los cielos. Ya el horizonte se incendia por momentos: brochazos de púrpura cubren á lo largo de las montañas; el sol tiende, por las tardes, su pesada tela de oro, de picacho á picacho. La tierra, caldeada, se resquebraja; el charco de bordes blanquicos y agrietados, como labios sedientos, lanza con desesperación y para defenderse de las quemaduras del aire, las invisibles y envenenadas saetas del miasma, que van á clavarse en la inmóvil y mohosa esmeralda de la ciénega. Los árboles de los jardines públicos, ya reverdecidos y pomposos, chupan con avidez las primeras gotas de agua que humedecen la tierra. Las cúpulas de los templos relampaguean de ira y se empujan para atisbar en el horizonte el negro velamen de la tormenta. ¿Se habrá perdido en la alta mar del cielo el gran *Buque Fantasma*? Al ponerse el sol, y ya en los últimos instantes del crepúsculo, el espeso cortinaje de la sombra no puede cubrir por entero la roja hornaza de la fragua y, por mucho tiempo, quedan aún las chispas de sus carbones inflamados sobre las crestas de la serranía.

La tierra, engalanada de flores, es como una novia que el sol bendice.

* *

Hoy acaba de publicarse en nuestro semanario la más linda novela de Coppée, *Toda una juventud*. Es una página admirable de moderna vida parisiense, el romance de una alma buena que corre por esos mundos de Dios, la aventura sentimental y dolorosa del amor. El libro del poeta de los humildes escrito hace más de una década, es la tragicomedia de un enamorado romántico del ideal. En esas páginas, cuya lectura produce el efecto de una tierna carta de mujer, manchada con gotas de llanto, sorprendemos confidencias que son nuestras. Hay latidos de nuestro propio corazón en el ritmo brillante de esa prosa, suelta y magnífica como la túnica de una reina. Se lee, entre renglones, la historia real, que acota y comenta el cuento imaginado. En las últimas líneas sentimos la melancolía de un paisaje de Otoño, y en nuestro espíritu percibimos el rumor de las hojas secas que caen, caen, caen.

Y el *Mundo Ilustrado*, después de la elegía parisiense de Coppée, ofrece á sus lectores, —maravillosamente ilustrado— el monumento inmortal que la fantasía francesa elevó á la heroica y caballerescas truhanería. Papá Dumas sacó de un cuento de niños una obra inmortal, como el Dios bíblico formó el mundo de la nada. Hizo hombres de sus manequines, y tipos eternos de sus ficciones.

Esos cuerpos son tangibles: proyectan sombra sobre la tierra. *Artagnan, Athos, Porthos, Aramis*, he aquí á nuestras camaradas de la adolescencia de los que nunca, nunca volveremos á separarnos.

Los *Tres mosqueteros*, que son cuatro, nos acompañarán hasta la vejez, y aunque largo tiempo nos olvidemos de ellos, tornarán siempre, audaces, risueños y burlones, á narrarnos la vieja fábula, inmortalmente nueva, de su vida. Es un recuerdo primaveral el que nos dejan, ha caído mucha nieve en nuestro espíritu y no obstante, la memoria de los nobles y embusteros espadachines, rompe el hielo, toma jugo de nuestras pasadas ilusiones y retoña en pleno invierno, llena de perfume y de savia. Fuiste el príncipe de la gracia, viejo papá Dumas. A través de los años desfila la pomposa cabalgata histórica de tus personajes. Eres sano, eres bueno, eres sencillo, eres admirable. Apagas la sed de verdad con tus mentiras; adormeces la pena con tus locuras, matas el fastidio con tus fantasías. Curas con tus bálsamos á las almas tristes. Te buscan los enfermos y los convalescientes. Eres el amado de los pobres. Llenas la biblioteca de los hospitales y de las casas de asilo.

El lápiz de Leloir ha dado á los *Tres Mosqueteros* un nuevo encanto.

Los *Tres Mosqueteros*. ¿No es verdad que á tí te parecían deliciosos, á tí, cándido anciano, á tí, sabio tierno, á tí, buen Michelet?

LUIS G. URBINA.

Política General.

RESUMEN.—EL NUEVO MINISTERIO ESPAÑOL.—LA CLAUSURA DE LAS CORTES.—EL PROGRAMA CONSERVADOR.—ANTECEDENTES POLITICOS DEL SR. SILVELA.—LA REACCION Y SUS PELIGROS.—LEY SOCIOLOGICA.—CONCLUSION.

Por fin, después de haber atravesado el período más agudo de la crisis que ha sacudido á España, después de sortear con la habilidad posible todos los escollos que se han levantado ante su paso en el proceloso mar de la política y en medio de las convulsiones terribles, ocasionadas por una guerra extranjera y dos insurrecciones coloniales, el gabinete del Sr. Sagasta ha abandonado el poder, porque no pudo conseguir de la Reina Regente la autorización debida para disolver las actuales Cortes.

Apenas abierta la discusión sobre el gran problema de la paz y de la guerra, sintióse la hostilidad en el parlamento contra el Sr. Sagasta; de entre las filas de sus amigos se levantaron voces acusadoras, y la minoría conservadora, acaudillada por el Sr. Silvela, se opuso abiertamente á la votación de la ley de indemnidad por la cesión de las Islas Filipinas, hecha en el tratado de paz, después de las conferencias de París.

Era preciso que el gabinete fusionista buscara como último recurso, para librarse de toda responsabilidad, la disolución de las Cortes, la creación de un nuevo parlamento que, dócil á sus indicaciones y sometido mejor á la disciplina de partido, aprobara en todas sus partes la marcha del gobierno en su último período. Sintiendo que le faltaba mayoría, debía buscarla en los comicios electorales, á riesgo de encontrar ese voto contrario, en el pueblo abusado por los partidos y espoleado por los aspirantes al poder. La Reina Regente se opuso á la disolución de las Cortes, manifestó su deseo de seguir gobernando con el actual parlamento, y el resultado de esta resolución fué la retirada de Sagasta.

* *

Ya ha quedado organizado el gabinete conservador bajo la presidencia del Sr. D. Francisco Silvela. Aparte del antiguo jefe disidente del grupo canovista, aparecen en el nuevo ministerio el Sr. Fernández Villaverde y el general Polavieja como figuras principales. ¿Cual es el programa que llevan los conservadores al poder? Suspendidas las sesiones de las Cortes, antes de que lo hubiera presentado el presidente del consejo de ministros; cerradas las cámaras entre aclamaciones tumultuarias y protestas ruidosas; acallada la voz de la representación nacional, sin que se hubiera oído en su recinto las declaraciones oficiales del nuevo ministerio, preciso es atenernos á los discursos anteriores del Sr. Silvela, cuando figuraba en las filas de la oposición, y á la carta del general Polavieja, cuando en ocasión solemne hablaba al pueblo español de sus ideas políticas para la reorganización del país.

Desgraciadamente de entre esos documentos, de entre esas declaraciones, resalta muy claramente una verdadera reacción. No se proponen los conservadores actuales, que recogen la herencia del Sr. Cánovas y pretenden continuar su obra, seguir aquella política amplia y conciliadora que hizo del difunto estadista la gran columna de la restauración borbónica. Con resabios ultramontanos, con dejos amargos de un retroceso medioeval, pretenden que la política española, que hoy debía ser fuerte y vigorosa para restañar tantas heridas abiertas, para enjugar tantas lágrimas vertidas, para curar tantos descalabros sufridos, quede supeditada enteramente á la idea religiosa; y como para contrarrestar esa morbosa aproximación á las ideas del carlismo, que confinan con la teocracia, háblase de regionalismo, pronúnciase la palabra mágica de descentralización provincial, no en el sentido federativo, sino dándole cierta significación como la que tenía en la Edad Media, desenterrando viejos fueros olvidados y antiguos privilegios caídos en desuso; háblase del régimen autonómico de ciertas provincias á las cuales se les habrá de conceder, no en virtud de un derecho común, sino por efecto de la magnanimidad del trono.

Si á este programa meramente político, se añade el que corresponde en el orden económico, según las declaraciones de Silvela y Polavieja y las ideas del Sr. Villaverde, con pena tendremos que confesar cuán descaminado va el nuevo ministerio para emprender la ardua tarea de reconstruir la monarquía española, después de la suprema crisis que acaba de atravesar.

Pensando erróneamente el Sr. Silvela que hay una inclinación pública que lleva á los españoles á los nimbos oscuros del carlismo, no ve todo lo que ha adelantado el sentimiento nacional, educado bajo un régimen liberal que data de la revolución de Septiembre. Olvidando sus propias ideas, adquiridas en una educación brillante, despojándose de sus antiguas convicciones, que lo señalaban entre los ultramontanos como sospechoso, por sus tendencias volterianas; olvidando también que las guerras civiles más desastrosas que han ensangrentado el suelo español, fu-

ron ocasionadas por el reaccionarismo de Don Carlos de Borbón, busca sin embargo en esos ideales la manera de sostenerse. No ve cómo ha germinado en todas partes la idea republicana, no ve cómo el pueblo se ha ido educando en sus doctrinas, no ve el abismo que se abre ante sus pies, pretendiendo reducir el sufragio universal y suprimir el jurado. Y engreído en sus tendencias reaccionarias, no quiere comprender—ó por lo menos todavía no lo ha manifestado, desde que se hizo cargo del gabinete responsable—que la nación está ávida de medios nuevos de gobierno, de algo que despierte sus dormidas energías y haga vivir al país en una nueva vida, donde pueda curarse de sus pasados males.

Es ley ineludible que á todo movimiento reaccionario en las sociedades responde constantemente un movimiento revolucionario, y á la inversa. En España no ha fallado esta ley general; al *terror blanco* de Fernando VII, siguió la revolución de Riego; al clericalismo de Isabel II, la revolución de 1868; á la demagogia republicana y á la explosión cantonal siguió la restauración borbónica. Plegue á Dios que á la reacción de Silvela—sino camija de rumbos y se acomoda mejor á las necesidades de la monarquía—no siga muy de cerca la asonada carlista ó la erupción republicana.

Marzo 10 de 1899.



FRAGMENTOS de un libro de viaje.

EN TIERRA RUSA.

IMPRESIONES MELANCOLICAS.

Un sentimiento profundo de negra é inexplicable tristeza cayó sobre mi espíritu, envolviéndole entre oscuros y tupidos velos, cuando después de haber terminado en Alejandrovo, la estación de la frontera, los molestos y enfadosos trámites de la inspección de equipaje, de tomar pasaje para Varsovia, y de registrar mis bultos para ese destino, me instalé en el tren ruso, formado de cómodos wagones de *couloir*, y que estaba á punto de partir para la desventurada capital del muerto y descuartizado reino de Polonia.

Causas físicas y causas morales engendraban en mí aquella lasitud casi dolorosa. Una noche de completo insomnio, en que mi pensamiento, nueva Penélope, había hecho y deshecho labores, tejido y destejido telas, erigido nocturna y fantástica construcción, que los rayos del matutino sol derrumbaban. La penosa y violenta tensión de ánimo á que durante diez minutos me ví sometido, recorriendo con la ansiedad del turista moderno, aquella estación, en que se hablaba una lengua, la lengua rusa, que me era total y absolutamente desconocida, contemplando peregrinas fisonomías y raros trajes que aumentaban mi aturdimiento; los judíos, que por primera vez viera, con su larga nariz aguilena, sus negras y pobladas cejas, sus sagaces, oscuros y grandes ojos, y que vestidos de negra hopalanda, pululaban en la estación, ofreciendo á los viajeros moneda rusa, antojábanseme siniestros y agoreros buitres, y traían á mi memoria el despiadado Shyllok, con tan fatídicos colores descrito por el gran Shakespeare.

Ansias mortales me acometieron, cuando esperaba en el despacho de la estación el talón de mi equipaje, que había ido á registrar un fornido mozo de cordel de raza eslava, zumbaban mis oídos, creyendo escuchar el silbato del tren que partía, y que me dejaba solo, lejos de mi patria y de los míos, en aquel desamparado y casi desierto lugar de la vasta frontera.

No me quedó siquiera un minuto disponible para acercarme al incitante buffet de la estación, y tomar á lo menos una taza de aromático the, *tchai*, que dicen los rusos, que hubiera desentumecido mis lánguidos miembros y entonado mis nervios deprimidos.

Y bien necesitaba yo de algún refrigerio; desde la víspera á las cinco de la tarde, en que habíamos tomado en Berlín una ligera colación, no ingresaba á mi estómago materia alimenticia alguna; mas era preciso partir, la ansiedad del espíritu acallaba las necesidades del cuerpo, era yo en aquellos momentos una especie de desdichado Ashaverus, á quien la impaciencia, en forma de voz implacable y fatídica, gritaba ¡anda!

Pude al fin instalarme sin novedad en el wagon cerca del ventanillo de la izquierda: contemplaba un panorama que por lo desusado y raro agobiaba verda-

deramente mi espíritu, con su severa é implacable monotonía: una llanura inmensa, extendiéndose en torno mío, sin que la cerraran las líneas pintorescas de cordilleras azuladas, que en mi patria limitan necesariamente todos los paisajes, aún cuando recorramos el árido Bolsón de Mapimí; el cielo límpido sí, mas de un color plumizo, caía pesadamente sobre el horizonte, degenerando paulatinamente en una zona ó cortina de blancura casi deslumbradora; un sol melancólico de matiz argentino se levantaba pocos grados encima del horizonte; campesinos de pintorescos trajes resaltaban como móviles manchas, sobre el monótono gris de la llanura.

Mas nada desoló mi espíritu tanto como fijarme en los diferentes departamentos de la estación, designados con caracteres rusos, que veía por la primera vez de mi vida. Tal espectáculo fué el golpe de gracia para mi abatido espíritu, había dejado de ver el amado alfabeto latino, el amigo de mi alma, el báculo de mi inteligencia, con quien desde mi infancia vivía en grato comercio, siendo para mí cada uno de sus signos venero de ideas y fuente de emociones; el último vestigio de la patria se borraba y por primera vez me sentía completamente extranjero. Bruscamente surgían ante mí los treinta y siete caracteres del alfabeto ruso, peregrinos, desusados, estrambóticos, y que nada decían á mis sentidos; unos se me antojaban letras al revés, cifras los otros, y todos me inspiraban el superticioso temor que infunde lo desconocido. La letra *z* que corresponde á nuestra Z, tiene casi exactamente la forma de un número 3; la *chtcha* que parece una M patas arriba, es una consonante que no tiene análoga en nuestro alfabeto; la *ier*, que es una vocal que equivale á una i sorda, se parece por su figura á una bl de imprenta; la *ieri* que es una i muda, se representa por un signo muy semejante á nuestra B de imprenta, ó mejor á una P al revés; la *iati*, que es una de las e rusas, se parece á una P al revés con travesaño; la *iou* es una vocal característica de la lengua rusa, sin análoga en la nuestra, pues tiene á la vez el sonido de la i, de la o y de la u, se representa en la escritura por un signo semejante al número 10 en que la cifra 1 se uniese con el cero por una pequeña raya horizontal, colocada á la mitad de la altura. Algunas letras rusas, muy pocas por cierto, tienen la misma figura que las nuestras, pero con muy distinto valor; la n, por ejemplo, tiene la figura de nuestra H mayúscula de imprenta, la r la figura de nuestra p.

Mis compañeros de departamento, todos rusos de buena ley, aumentaban la extrañeza de aquel espectáculo, completando lo estrambótico del cuadro para mis ojos de meridional: frente á mí había tomado asiento un caballero que llamó extraordinariamente mi atención: su muy tupida cabellera de color negro y lustroso le bajaba casi hasta las cejas, dejándole apenas frente; mi primera impresión había sido que llevaba puesta una gorra de piel, y mi sorpresa fué indecible, cuando me convencí que aquel tocado era su cabellera natural; sus cejas eran muy gruesas, muy pobladas, su tez morena, y sus labios carnosos; este buen señor, me dije, es sin duda de las provincias meridionales, probablemente de las orillas del Mar Negro. Mi vecino, sin darse cuenta de la admiración que me inspiraba, leía con un reposo verdaderamente olímpico un libro en ruso.

En esto mi alma experimentó un transporte de indecible júbilo; entró al compartimiento y se sentó junto á mí mi compañero, amigo y condiscípulo, Rafael Caraza. Nunca le había querido tanto y si no me hubiera contenido la circunspección y gravedad que le es habitual, me habría arrojado á su cuello dándole un estrecho abrazo; me hizo el efecto de un hermano queridísimo ¿y cómo no, si era para mí la patria, la lengua amada y familiar, y los recuerdos del colegio y de la juventud? Con acento ligeramente consternado, pues es seguro que sentía lo que yo, me dijo:

—Y bien, compañero, hénos por fin en tierra rusa. Quise decirle tantas cosas, comunicarle tantas impresiones, que mis labios quedaron paralizados, y apenas pude articular un incoloro: «en efecto.»

Momentos después el tren corría silencioso por la gran llanura, no había de detenerse hasta Varsovia.

PORFIRIO PARRA.

LA POESIA DE LA HISTORIA.

MARIA ANTONIETA

Era al casarse con el heredero de la corona de Francia, un tipo de princesa ideal; de belleza majestuosa, de gracia altiva, de hermosura espléndida, de aspecto olímpico, de hechizo soberano, de coquetería semejante á la que las diosas de la fábula griega empleaban al acercarse á los mortales,—teniendo y mostrando en todos sus actos la conciencia de ser de la casa de Austria, lo que debía valer mucho á sus ojos y de ser de veras una mujer bella, lo que acaso valía más aún.

Para darse cuenta de si desempeñó bien ó mal el papel que le tocó en la Historia, es preciso apreciar

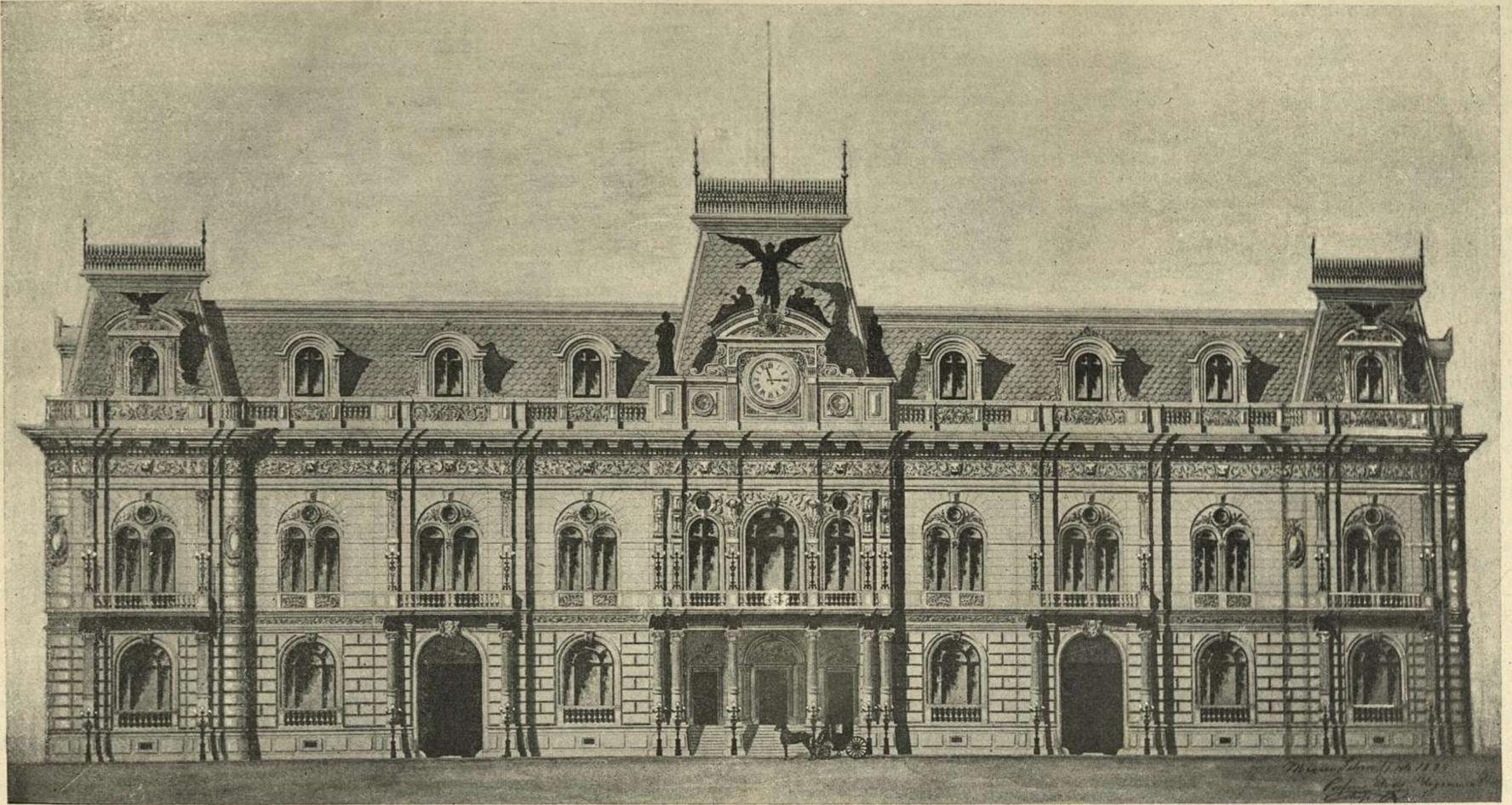
por entero su situación. Era aquella princesa un símbolo, y como una expresión matemática, de cierto orden de ideas y de sentimientos con raíces seculares y con casi divino fundamento. Los reyes de entonces eran los ungidos del Señor Dios, encargados de irradiar la bondad; pero también la magnificencia divina, sobre la haz de la Tierra; que tenían por derecho propio la corona sobre la frente y la espada en la mano; lugartenientes de lo eterno; representantes de la suprema justicia y de la gracia excelsa; los dueños de las multitudes con celeste señorío; los encargados de hacer el orden en la naturaleza, teniendo á su alcance el verdugo y la mazmorra como el Señor tiene á su alcance el vendaval y el rayo; con voluntad que no es el capricho de un simple mortal sino como una ley de la vida; con inteligencia que no es sólo la que alumbró á los demás, sino que tiene, ó puede tener en ocasiones, irradiaciones de la luz infinita; seres cuyas virtudes son trasuntos del cielo y cuyos errores y aún cuyos crímenes son desgracias comunes que deben aceptarse resignadamente y con la frente baja.

Esa doctrina que era la del común del clero, muy ignorante y corrompido entonces, no era en verdad la de la Iglesia. *El Angel de las Escuelas*, el atleta de Aquino, había explicado que las leyes y los príncipes deben levantarse y existir de acuerdo con la voluntad general; y que su gobierno tiene por límite de su derecho el establecido por Jesucristo al pasar por la Tierra.—Constitución, por cierto, algo más firme y noble que todas las que este siglo ha inventado.—Llegó un momento en que los hombres pensadores, sin variar esencialmente la fórmula del egregio Doctor, encontraron que la Iglesia accidental y pasajera no desempeñaba bien las funciones encargadas á la sublime del Cristo, creyeron que era urgente estatuir el Pontificado de la conciencia humana, el Doctorado de la razón, contemplaron un hacinamiento de miserias, un hervidero de dolores, un *pademonium* de angustias, sobre los cuales los ungidos del Señor reían y junto á los cuales los ministros del Señor engordaban; santas indignaciones salieron entonces de su pecho tan fieras como las lavas de un volcán; oyóse entre los truenos y relámpagos de cataclismo nunca sospechado, una voz formidable que repetía con acento nuevo el sermón de la Montaña y que lo estampaba en los aires mezclado con los ruidos que aquellos profetas de Israel que se arrancaban los cabellos, se herían las carnes y comían excrementos para simbolizar las miserias de Sion. Los Reyes cifieron la espada á su costado y levantaron en el aire los cetros con ademán amenazador; todos los soldados del privilegio, vestidos de hierro, acudieron en murados escudrones á la cita sombría de una batalla más grande que la de los Titanes y los dioses, y como los Pontífices derramaran su tiara colmada de maldiciones sobre aquel pensamiento nuevo, arrió de golpe la tempestad, en vez de decrecer, y sonó con eco inmenso, que todavía se oye, esta frase enorme, precedida como del ruido de águilas numerosas é inmensas que agitan sus alas en la sombra: no hay Dios.

Cuando el poeta se inclina sobre el abismo á cuyo seno descienden yertas las naciones en el silencio del no-ser, vé entre las nieblas crepusculares de la historia, sombras que habían de moverse irritadas en el momento solemne á que me refiero: caballeros los unos, de la cruz, que del árabe en la tostada arena, tremolaron su estandarte y en sangre de infieles tiñeron el pretal de sus bridones; escudo y rayo los otros de la venerable Monarquía, el oriflama augusto los vió caer bajo sus pliegues esplendorosos. defendiendo el trono de sus reyes, dando cada día nuevo honor y nuevo lustre á sus blasones y dilatando, con empuje de semi-dioses, el suelo de la patria; ve los reyes santos, los obispos sin mancilla, los caballeros sin reproche, los sacerdotes mártires, los nobles con armadura de acero y alma de diamante, padres de los pueblos, ministeros del honor, escuderos de la justicia, castellanas que eran ángeles de castidad y de caridad, monasterios en que el dolor dejaba de serlo, alumbrado por un rayo del cielo; ve las temeridades heroicas, las grandezas incommovibles, las gallardías insuperables, las magnificencias ideales; pero su mirada va más abajo y descubre entre abismos de cieno un torbellino de torpezas: la glotonería y la lascivia en el trono; los señores sin piedad y las señoras sin pudor, los pueblos sin pan y sin esperanza de justicia entregados al crimen por el despotismo; el *parque de los ciervos*, en que las doncellas eran casadas como bestias; la crápula en el convento, la simonía en la iglesia, la orgía en el castillo, la desvergüenza en el trono, el miedo en el cuartel, y se aleja entristecido bendiciendo la tempestad que anuncia un nuevo día. Disculpa entonces, porque las comprende, las convulsiones revolucionarias: se apiada del hijo del Rey, educado en el vicio, y del hijo del pueblo, educado en la miseria; de la hija del Príncipe, corrompida por la molición, y la hija del villano, prostituida por el hambre; ve la gran patria en el suelo avergonzada por los propios, insultada por los extraños, y prefiriendo á los altares profanados, los altares sin Dios, alza con júbilo la vista y bate las palmas con estrépito al ver saltar á Mirabeau sobre las tablas de la tribuna para que se desmorone en ruinas el edificio del pasado por el arrebato de su sagrada indignación y bajo el imperio de su fulminante palabra.

¿Quién puede culpar á la pobre reina inalumbrada

PALACIO DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE HIDALGO [PACHUCA].



PROYECTO DEL SR. INGENIERO, CAPITAN PORFIRIO DIAZ.

porque no viera el aspecto divino de la catástrofe? ¿Qué podían ser á sus ojos aquellos aristócratas que rompían sus propios blasones, aquellos clérigos que se desnudaban de su carácter sacerdotal, como si no fuera la mano de Dios, la que lo hubiera impreso en ellos, sino tráfugas miserables? ¿qué podía haber para ella de noble y elevado en aquel populacho soez, ebrio, sucio, grotesco que venía á gritar junto á su palacio y al que veía huir á veces del acero de los soldados ó ser comprado por el oro de los palaciegos? La Revolución debía ser á sus ojos algo como una bestia inmundada, de contacto asqueroso y horrendo, y cuando sintió sobre sus hombros la zarpa del monstruo, la repugnancia y el asco tuvieron que disputar al terror la primacía en sus sentimientos de princesa. Pocos destinos tan trágicos recuerda la Historia, y para ella no puede haber sino piedad en su fallo definitivo. Vió asaltado su palacio, desconocida la autoridad de su rey, insultada la de su Dios; tuvo que ensayar la actitud del ruego,—ella,—acostumbrada á verlo de hinojos á sus plantas; vió todo lo que era á sus ojos sagrado conspuído, todo lo que era miserable y vil puesto en lo alto; debió experimentar esos espasmos de terrible sorpresa de que dan indicio los irracionales cuando la tierra tiembla y la ley de la gravedad parece suspendida.

* *

Arrojada á una mazmorra sombría, insultada por sus carceleros, calumniada como reina, como esposa y como madre, á sus propios oídos y sin defensa posible; privada de su esposo, privada de sus hijos teniendo que remendar sus ropas, y sin medios de aseo; arrastrada por la larga calle de la Amargura de un proceso de vergüenzas; viendo subir en torno suyo, con movimiento lento, pero inexorablemente ascendente, una ola de inmundicia en la que debía tener la seguridad de ser en definitiva asfixiada; como naufrago agarrado á débil tabla en el vértice de tempestuoso piélago; sin servidores, sin auxilio, y veces sin pan y sin agua; ofendida en su majestad, ofendida en su decoro, ofendida en su pudor; sola,—ella con la costumbre de ser tan acompañada; sola, en la noche de su angustia, sintiendo venir en la obscuridad profunda, jauría de monstruos ávidos, y sin poder hacer otra cosa que extender sus manos desfallecidas para rechazarlos; agonizando largos días; insultada horas enteras; marchando al cadalso sin el auxilio de un sacerdote, que había tenido cuando ella era Reina el último de los villanos; al subir á la carreta infame, al enfrentarse con el patíbulo tremendo, al arrojar de soslayo una mirada trémula al cesto en que debía caer su cabeza,—todo sentimiento que no sea el de una piedad profunda desaparece en el pecho de quien la contempe en el anfiteatro de la Historia.

A. ZAMBRANA.

LOS NAPOLEONES DEL TEATRO.

Cuentan los revisteros que Coquelín se prepara á caracterizar el papel de Napoleón Bonaparte en una comedia de Bergerat que está ensayándose en el Teatro de la Puerta de San Martín.

Después de haber «creado» el Cyrano de Bergerac de un modo admirable, quiere el gran actor ofrecer al público un Napoleón I, digno de su reputación escénica.

En el fondo, todo se reduce á una cuestión de narices. . . . La de Cyrano era larga y deforme; la del Emperador era noble y aquilina. Si salió Coquelín airoso de su empresa cuando se cubrió con la máscara ciraniana, es de esperarse que con éxito igual presente ante el público un perfil de medallón antiguo.

El cómico ilustre tiene una nariz perfectamente adecuada á su oficio: nariz de trompeta como la del Coquelet de Coppée en «Toute une jeunesse»; pero qué nariz! Es lo que hay de más espiritual y vibrante en materia de narices.

La nariz en forma de trompeta es un apéndice más que suficiente para desempeñar un papel de guerrero glorioso, cuyo nombre haya sonado mucho en la trompa de la fama; pero Coquelín sacrificará una vez más su simpática fisonomía personal para adoptar la del tipo legendario que va á encarnar en las tablas.

Hay que advertir que Coquelín no viste el traje imperial sino en último extremo. Buscó en vano por todo París un actor que tuviere un parecido más ó menos remoto con el grande hombre; pero qué iba á hallarlo!

Nuevos tiempos, nuevas gentes. Hubo una época en que el Circo del Boulevard del Temple presentaba á diario comedias militares en las que se servía al menudeo la epopeya napoleónica; entonces abundaban los Napoleones y no había más que escoger entre ellos: un cómico tenía la casa de Napoleón, primer Cónsul. otro, era idéntico á Napoleón en Austerlitz; el de más allá, se parecía como una golondrina á otra golondrina, al prisionero de Santa Elena. Casi todos los jóvenes que tenían vocación para el teatro querían parecerse á Napoleón, el que había nacido con la solicitada semejanza, podía llamarse heredero de una fortuna. Algunos se contentaban con parecerse á Murat ó á Massena: eran los menos ambiciosos ó los de estatura muy alta ó muy baja.

* *

El más célebre de todos esos Napoleones de tablado fué un tal Gobert, artista de cierto mérito que tuvo la fortuna de nacer á tiempo y de llamarse propietario de un físico casi idéntico al del vencedor d'Eylan. A fuerza de «hacer» su personaje, adoptó las manías de éste, y se paseaba por la calle con las manos cruzadas atrás, saludando imperialmente á sus camaradas. Cualquiera lo confundía con Napoleón. . . . En la vida privada, en lo más íntimo de su existencia, hablaba como el héroe, era el héroe en persona:

cuando iba á desempeñar otro papel, decía: «Si esta noche es un Austerlitz y no un Waterloo. . . .» Jamás decía: «Cuando me retire del teatro,» sino, «Cuando esté en Santa Elena.»

Al pasar por la Plaza Vendomme, deteníase para contemplar al grande hombre de bronce y una vez, murmuró estas palabras: «No importa! Llevo mejor que él la casaca gris.

* *

Edmundo Galland, comenzó su carrera artística, representando á Napoleón, pero era demasiado alto y no pudo adueñarse de la actitud clásica. Su fracaso no fué completo, pues habiéndose resignado á ser Murat, llegó á hacer maravillosamente su papel. Este cómico también dió en la flor de identificarse con su héroe, y cuando jugaba al dominó en el Café del Circo, exclamaba á menudo al poner su pieza:

— A caballo, señores, á caballo.

PROYECTO DE PALACIO DE GOBIERNO EN PACHUCA. DEL SR. INGENIERO PORFIRIO DIAZ (HIJO).

La obra de transformación y embellecimiento material de nuestras ciudades continúa activamente en todo el país y ya empiezan á desaparecer en las capitales de los Estados las casonas viejas ó casucas charrarras que servían de oficinas y residencia oficial á los poderes públicos, sustituyéndolas verdaderos palacios, edificios monumentales, con el sello de un estilo arquitectónico en armonía con su noble objeto y dignos de un país que prospera, enriqueciéndose con la explotación de sus productos y de un pueblo que se ilustra en la escuela de la moderna cultura.

El Palacio del Gobierno del Estado de Hidalgo, cuyo proyecto aparece en esta página de nuestro Semanario, es de estilo Renacimiento y consta de dos cuerpos rematados por techumbre «mansard,» sirviendo ésta no sólo para dar más amplitud al edificio sino también para establecer la proporción estética entre la altura y la longitud.

En el sentido vertical hay cinco salientes que rompen la monotonía que necesariamente tendría un muro de más de ochenta metros. Estas salientes son las dos alas que uniéndose al muro por superficies cilíndricas, avanzan en su basamento, el cuerpo central y los dos vanos principales que también avanzan.

Prescindiendo de todo elemento técnico en esta descripción, pues basta el efecto que produce la fachada, para formarse cabal idea de su valor artístico, nos referimos á las partes puramente decorativas que requieren explicación por no destacarse en el grabado como se destacarán en el edificio. Entre el balcón central y los laterales hay dos atlantes, y á los otros lados de dichos balcones laterales, dos ménsulas que corresponden á las columnas y medias columnas del primer cuerpo.

Sobre los zaguanes hay dos medallones que simbolizan el uno la Minería y la Agricultura el otro.



NIÑA PALOMA SCHRAMM, DISTINGUIDA PIANISTA DE 10 AÑOS DE EDAD.
(Vease «La Semana.»)

En los capiteles de las columnas descansan unas águilas de bronce que sirven de apoyo á las repisas de los balcones del segundo cuerpo, reemplazando las ménsulas ordinariamente usadas con este objeto.

En las superficies cilíndricas de las alas de la fachada hay cuatro medallones con el monograma E. H. del Estado de Hidalgo que también se verá en las rejillas de los zaguanes.

En la cornisa superior se destacarán cabezas de ozelotl [león mexicano] que como las águilas son motivos de decoración netamente nacionales.

En consonancia con la sobriedad general del decorado, la parte exclusivamente escultórica es también muy sobria. En el vestíbulo, en el frontis de cada una de las puertas del fondo hay un busto: el de Hidalgo, en el del centro, y en los laterales los de otras dos figuras culminantes de nuestra historia.

En el segundo cuerpo y sobre los balcones del centro hay dos bajo-relieves que representan los Poderes Legislativo y Judicial que tendrán sus oficinas en el edificio.

Por último, en el ático y donde se corta la balaustrada de coronamiento, están un reloj y cinco grandes esculturas de bronce: la Minería, la Agricultura, la Industria y el comercio, bajo la protección de las anchas alas del Angel de la Paz.

El material para toda la fachada será de piedra blanca de Pachuca, que á su buena calidad une la ventaja de encontrarse cerca de la ciudad.

LA CRIOLLA DE NUEVA ORLEANS.

Parece que la sangre latina, esa á que Sar Peladán acaba de dedicar un libro extraño é incisivo, no cesa de salpicar todavía la línea pura de la belleza. Aún no abdica esta inmortal soberana, esta vencedora ilustre del arte. Allá en el mediodía europeo, bajo la ardorosa caricia de un sol bermejo, la raza se conserva, por comarcas, como enraizada al medio de que procede. En tierra americana el tipo latino se esfuma, pierde la energía de sus contornos, se suaviza acaso; pero se desvanece, se hace tenue, borroso, frágil.

Tal vez en Nueva Orleans es en donde la sangre latina bulle afn, en el cruzamiento de las razas ameri-

canas, con su vigor primitivo. Por eso la criolla de Louisiana se enorgullece de su origen, porque su origen es su belleza. Ovalo irreprochable, ojos en almendra, un poco á flor de cara, boca carnosa, de labios pronunciados, matiz pálido, ligeramente sonrosado en las mejillas, cabeza coronada de una diadema de cabellos negros. . . .

Así cruza el Canal Steet, impregnada de gracia, esa armonía de las líneas en movimiento, vardadera *boulevardière* transplantada en territorio yankee. Ha querido vivir aislada—en un mundo suyo, en una sociedad que le pertenece—de la gran corriente del norte, que poco á poco se abre paso en la vida de la ciudad suriana.

Y, hecho que salta á la vista, esta latina absoluta, esta acérrima adversaria del viejo Tío Sam—al modo que Madame Staël lo era de Napoleón—no se siente herida por esas tenaces crisis de los hijos del mediodía de Europa. No es una «Eva fin de siglo.» ni la neurosis ha clavado la garra en su espíritu. No punza, no late ninguno de *los morbos* que caracterizan este crepúsculo de la raza. Es ingenuamente sana, de una salud que irradia por todos los poros de su cuerpo.

No recuerdo quien ha dicho que en toda parisiense hay algo de la mujer de Bourget. Esta es una cerebral demasiado refinada, demasiado esquisita, en la que lassensacio-

nes son patológicas. Asusta penetrar en esos espíritus hostigados por el pensamiento y en los que la agudeza de las emociones ha adquirido un desarrollo enfermizo, que las devora como una enfermedad incurable.

Creo sinceramente que una de las causas de la decadencia latina, arranca del exceso de emotividad de las mujeres de esta raza, del que se han librado las americanas, y aún las mismas españolas,—sostenga lo que quiera Don Jose Echagaray en su hermosa tesis «Mariana.» La angustia de las actuales generaciones latinas, ya latente por otra parte en las comarcas del Norte, es compartida por el sexo débil, que experimenta las mismas sacudidas que el hombre y con una fuerza igual, si no en *extensidad* en *intensidad*.

La criolla de Nueva Orleans es una de las mujeres más *femeninas* que puede contar la raza latina. No hay temor de que de sus labios salte el ratón que Fausto vió salir de la boca de su compañera de baile la noche de Walpurgis. Es sencilla y francamente por educación—y también lo será por sentimientos—la sumisa y tierna *irredenta* de la sensibilidad prolongada, desarrollada, aguzada, hasta el malestar, hasta el martirio.

Y es que estos estados de conciencia, estas hiperesstias psicológicas corresponden siempre á una civilización muy fatigada, en las que el exceso de la funcionalidad de todos los aparatos engendradores de vida, da como resultado estas flores de gran desarrollo pero en las que la savia no parece circular libremente.

Hermosa, ingenua, tierna, saboreando la alegre dicha de vivir, con una ráfaga de la vieja gracia francesa—de esa gracia que esbozó Mürger y fotografió el gran Dumas I—la criolla neorleanesa fija un tipo en la variada serie de la mujer contemporánea.

Carlos Díaz Dufío

Quando estudiamos de cerca el pasado, toma el presente, en virtud del contraste, todos los atributos de la edad de oro.

Evolucionar r.o es cambiar.

No hay grandes y pequeñas libertades. Hay libertad.



MRS. HENRY VENNARD SMITH (DE NUEVA ORLEANS.)

LA EVOLUCION DEL MANDADO.

Sería cuestión de nunca concluir, historiar el «mandado» desde sus orígenes, «desde el San Miguel de la Cartilla,» que dicen las viejas.

Por lo pronto mucha tinta puede gastarse en los



Un chambergo mosquetero á la usanza nacional, es paldas abultadas por paquetes musculares; blusa aplanchada y en su bolsillo lápiz con goma, pantalón de inválido difunto doblado en las bocas; cacle para mayor comodidad; un lienzo burdo en el poyo donde se sienta y sobre el hombro la mula y como cadena de traición la lía.

Buen bebedor, suelto de lengua, (arma diestra en la esgrima del retruécano y dura en el tajo de la mala palabra) jugueteón, y afecto á la crónica urbana, es el tipo ideal de las porteras gordas. Porque es tan expresivo para la caricia como para el golpe y ya se sabe que en la plebe femenina el costillar es una harpa cuyo dominio no logra sino el artista que sabe arrancarle el suspiro y hasta las clavijas en los grandes arranques. El cargador es el David de esas señoras.



ángeles, esos mandaderos del Altísimo que *llevan y traen recados suyos* y no poca en la biografía de la paloma mensajera de Noé, pájaro maravilloso que en una rama de laurel llevó á la flotante menagería, por decirlo así, el indulto misericordioso de Jehovah.

Ni podríamos olvidarnos á fuer de patriotas de los correos aztecas, andarines tan recios, ágiles y diligentes que en menos de un día y por cordillera propor-

cionaban al Emperador, pescado fresco, atrapado en la mañana en las aguas que más tarde debían bañar la Villa rica de la Veracruz, hoy heroica.

Pero esa labor le compete á Luis González Obregón, tan entendido en restauraciones y en lo que pudiéramos llamar el examen de conciencia de los viejos siglos mexicanos; él que nos hable largo y sabroso como sabe hacerlo, del señorón virreynal que para bien mandar una esquila, hacía razurar á su doméstico por navaja de rapista de curas, lo vestía de limpio, y en bandeja de plata, sobre cojín de terciopelo ó pañuelillo primorosamente deshilado, colocaba el sobreescrito rotulado con una letra hoy sólo visible en polvorientos archivos, el todo cubierto por limpia tela como si se tratase de una cuelga para padre confesor, ó golosina preparada por las sabias y discretas manos de las monjas Claras.

Otro es mi intento y va mi pluma al mandadero de hoy, empleado público, símbolo de progreso, regeneración de la fuerza bruta antes usada en palizas y jayanas y hoy al servicio de la clientela que no puede desempeñar ciertas comisiones personalmente.

Progreso dije y sé que el mandadero es un producto. Nada más fácil hay que enviar un recado, así fuera una cita amorosa, empresa poco menos que imposible en aquellos tiempos de mi bisabuela, cuando en el hogar, las doncellas eran más vistas y cuidadas que el reloj de pesas, regulador de las medicinas y alimentos de su Ilustrísima enferma; cuando la doncella tenía sobre sus pasos dos agentes de policía, en lo moral el Ángel de la Guarda y en lo material la Dueña: engendro regordete, flatoso y suspicaz; cuando las niñas se educaban en conventos como internas y sufrían una vigilancia casi fiscal en todo sitio y á toda hora; y aún en la reja dialogando con la familia, entre el rumor verbal y las visitas se inmiscuía desconfiado y alerta el finísimo tímpano de la «madre escucha.»

Y sin embargo había correspondencias tiernísimas y contrabando de gratos billetes, porque no siempre fué de piedra el corazón de una tornera y muy antigua es la prosapia de las cocineras sentimentales y las fregatrices cohechables, blandas para la propina y el lenitivo al mal ajeno, y los ojos prósbitas de la hepática Superiora y el olfato de las reverendas chismosas, no llegaban tan lejos como la malicia profesional de aquellos antiguos emisarios.

Pero ya murió todo eso; las costumbres modernas son más holgadas y más tolerantes, se multiplican las vías de comunicación, y tan sólo, tal cual infeliz, apela al papel doblado como papillote, al mensajero disfrazado y *al lenguaje de las flores*, resabio del romanticismo y muy en boga en los «Calendarios para señoras» en los «Albumes del Hogar» y en las cajetillas de cigarros de torcer para señoras, los mentados «Arrobadores.»

Hoy se le palmotea al cargador de la esquina: hombre rudo, pero de buena memoria, discreto, prudente, fisonomista fiel, no mal entendedor y capaz de entregar en propia mano un atento á la Felicidad, esa novia perpetuamente prófuga y escondida....

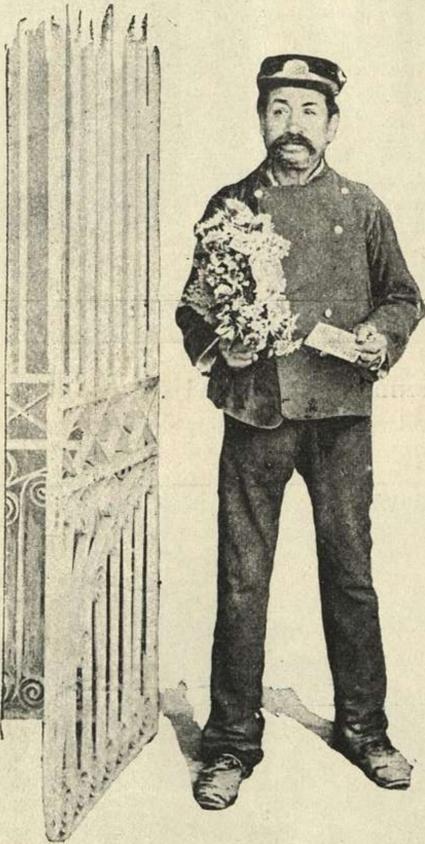


Riega la calle, escombra el patio, enciende y apaga el farol, abre á deshoras en traje de tribuno romano, sabe tapar los agujeros de los toneles, rapa al falderillo, tira en lugar lejano al gato intruso y practica la pequeña cirugía en el de la casa tornándolo de inquieto, vagabundo y caprichoso, en manso y sedentario: condiciones para una larga y beatífica obesidad.

En la honradez está el secreto de sus propinas, en la discreción la amplitud de su clientela: estan imparcial que hace los mandados de la otra esposa del Señor y lleva el ramillete que envía á la legítima el rondador que le paga. En las mudanzas es Capitán, en las viviendas de los célibes camarista, en las estaciones, habil rescatador de equipajes.

El *mecapalero*, esa especie de Lázaro arrojado de la tumba, su única habitación apropiada; ese hombre dejado textualmente en las cuatro esquinas, ese pediculus enmarañado; vestido con herapos y de pies duros como cascos, es la degeneración de la raza; el mandadero de la plebe y por eso desempeña oficios de bestia y se doblega al peso de enormes cestos de vituallas, desperdicios de abasto y cornamentas de novillos; carga los menesteres culinarios de la vendedora callejera, la mesa del café barato con todo y caldero, el metate de la molendera, el mobiliario infame de un menesteroso y la silla de esparto donde á manera de momia y envuelto en toda clase de cobijas va atado al enfermo rumbo al hospital. Tareas todas que no desempeñaría un cargador de número, acostumbrado á llevar á cuestras talegas de pesos, en parihuela lunas venecianas, en la blusa pagarés y documentos reservados y en brazos un milagroso Santo Niño de Atocha, con todo y capelo.

Mandadero es el hijo de la cocinera, quien por un vil cobre, tira el cajón de la basura, sirve la mesa, llena de agua el cacharro y *vuela poniéndose los pies en la cabeza*, y trae de la tienda el aceite, de la bizcochería la *pechuga* suave ó el *bolillo* caliente y del estanquillo el paquete de horquillas.



Abusando de su inocencia, interrumpe su juego de canicas y por medio de capciosas preguntas el señor de barbas güeras y anteojos azules, sabe cuanto le importa sobre la más alta de las niñas del balcón, la niña Conchita, abrigada con una pañoleta roja á quien (aparte y sin que nadie lo vea) debe entregarle ese *papel*, esperando la contestación.

Aunque no sea su oficio, hace las veces de mandadero el *asistente* del señor Coronel, en quien las señoras se ceban cual si trataran de denigrar el uniforme de dril. Basta con oír sus órdenes.

—Mire, *soldado*—porque no le conceden ni el apellido.—Mire soldado: ya limpió los cubiertos y tostó el café? Bueno, pues así que acabe de bombear y cuando le haya dado la bola á los zapatos, se trae el pan y las tortillas... medio de merengues y un acitrón y plátanos si encuentra ¡ah! y tres huevos; le dice á la lavandera que las camisas son para hoy; recoge los zapatos y ve si le han echado bien las medias suelas; va usted en casa de la niña Lola y le dice que qué hubo de las muestras de *alemanisco*, repítalo: *alemanisco*, no se le vaya á olvidar; pregunte si salió este billete, traigase á los niños del colegio; ¡ah! espérese. Antes que se venga ayude usted á bañar al «Alí,» clave esa alfombra y cargue los aparatos. Y por Dios que no se dilate porque después de comer lo necesito.

Entre familias de confianza y cuando se trata de misivas para personas de mucho cumplimiento, se pide prestado al mozo ó á la recamarera y si es esta última, son de rigor las enaguas amponas, el rebozo nuevo, y los botines rechinadores; se la alecciona en punto ó tratamientos y se le entrega el memorial que ella toma entre el pulgar y el índice previa una fianza de papel de periódico para que no se manche.

Los niños de zapatos rotos, sombrero desbordado y pantalón herido en parte noble; las niñas de ojos tristes, manecitas rojas y medias agujereadas; el so-



brino, que no va á la escuela, con jacquets pero sin camisa y con las botas del tío; la cuñada de pantuflas; la madre sexagenaria de tápalo verdioso, dedos culoteados, húmeda tos y párpados sanguinolentos: oh! todos ellos son los mandaderos de la miseria, los seguros conductores del menesteroso; los mandaderos de sí mismos; los repartidores de *atentos* suplicantes sin contestación porque se contestan en papel moneda.

Pero la época presente entre otras cosas se distingue por su insufrible tendencia á la monotonía, y ha

impuesto el uniforme á los mandaderos pagados por hora, llamando sus faenas «mensajerías.» Estos mensajeros se usan para los días onomásticos y para darle mayor solemnidad al envío de un bouquet, de un ciento de pasteles, de una cuelga, en fin: son decorativos pero no son prácticos; su librea los denuncia en las comisiones delicadas.

Y como si no bastara este agente, el ciclismo nos lanzó á la vía pública al «rápido,» empleado postal, mercurio moderno, que está condenado á medio matarse en tantas plazuelas-pantanos y en tantos callejones-cordilleras, para llevar malas noticias, que son de preferencia las urgentes.

El teléfono ha dado un golpe de muerte á muchas de esas profesiones que antes bastaban por sí solas para mantener á familias numerosas, muy numerosas, cuasi leporinas como son las de los pobres: y todavía el teléfono presenta obstáculos á la violenta transmisión de recados... bien porque se cruzan los alambres, bien porque no contestan, bien porque tenemos la desgracia de que hasta la electricidad se malee en esta altitud, como decía Gedeón el nuestro.

**

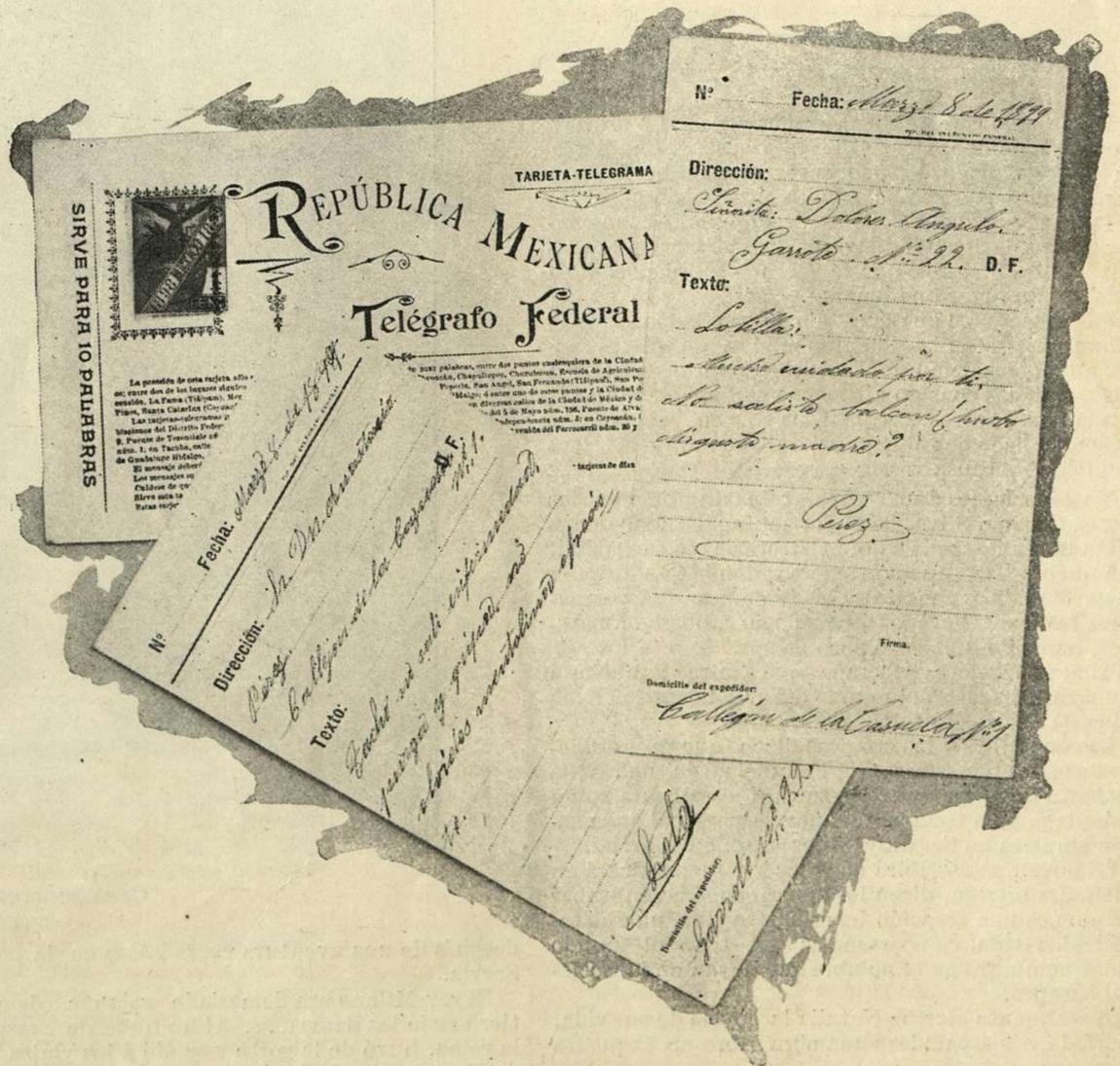
Y se inauguraron las tarjetas telegramas resolviendo el problema, y apenas comenzábamos á usarlos, llegó al colmo el adelantamiento; se lanzaron á la circulación las mismas pero con la contestación pagada.

□ De modo que el *mandado* merece otro nombre, desde el instante en que no necesitamos pararnos en una esquina, llamar á un hombre de piernas desnudas y cabeza de cretino, ofrecerle una remuneración decorosa y producirse en estos términos:

—Sabes dónde queda el zócalo ¿no? bueno: pues está frente á Catedral, una iglesia muy grande; le preguntas al gendarme dónde queda por ahí la calle del Relox; en la primera á mano derecha buscas este número: ¡ah, si no sabes leer! pues le preguntas á otro gendarme; subes y en el entresuelo buscas á Don Anastasio y le das eso y el te ha de dar otro papel y le dices de palabra que me urge y ya van tres meses que me dice que no tiene. Ve y no tardes.

El troglodita volvía al obscurecer y de sus explicaciones se deducía que en vez de haber entregado el citatorio familiar á un deudor moroso, lo había puesto en manos de un honrado profesor de salterio que vive por la Verónica y se llama Mariano, y protestó con muy justa razón y memorias para la familia porque el tenor del «recordón» era agresivo.

Vengan esos cinco—hay que decirle al Progreso—después de estos mensajes:



Damas Mexicanas.**MEXICO MODERNO.**

SRITA. MANUELA LACROIX.
De Palenque (Chiapas).

EXTRAVAGANCIA RIDICULA.

El pueblo inglés es el más serio, el más práctico y el más progresista; pero los ingleses, individualmente, son á veces los locos más ridículos y su locura la más pueril.

He aquí en prueba, sumada á los mil millones que han dado en todo tiempo los periódicos, la extravagancia de un pobre diablo de las Islas Británicas que pasó diez años, contando los versos, las palabras y hasta las comas de las obras de Shakespeare.

Después de haber hecho sus laboriosos cálculos escribió una memoria, publicada en no sé que revista. De los datos de ese necio, sacamos uno sólo; los demás ni los vimos. Hélo aquí:

El drama más largo que escribió Shakespeare es el Hamlet: tiene 3,930 líneas, 29,492 palabras y 120,434 letras.

Una novela vivida.

Desde que soplan vientos tempestuosos y no hay tronos sólidamente asentados ni dinastías á cubierto de una revolución, los pobres reyes pasan las de Cain para desempeñar su oficio de un modo honorable.

Diríase que viven á ciegas, esperando por momentos la liquidación definitiva, y sin acertar con la realidad de los peligros que se ciernen sobre ellos, á su lado, en un lugar que ignoran.

Para resarcirse de ese estado de vacilación é incertidumbre, gastan la vida al menudeo, en distracciones que no les dejan punto de reposo ni les permiten quedar á solas consigo mismos. Algunos soberanos tocan la flauta, otros escriben; las reinas, sobre todo, tienen su flaco por el lado de la literatura y la letra de molde les causa vértigos.

Ya conocíamos á una reina, reina también en las letras, Cármen Silva, la de Rumanía. Pálida, de aspecto lánguido, toda su obra literaria es tan débil, tan quebradiza, que no tiene por donde la admire la posteridad. Los consejos y las lecciones de los escritores franceses llevados á palacio en calidad de maestros, han sido inútiles ó poco menos.

Ahora surge otra soberana que aspira también á ocupar un trono en el mundo del arte literario. Es la reina de Servia, Natalia.

Las gacetillas y las crónicas dicen que se estableció hace dos meses cerca de Florencia, en una villa opulenta y magnífica, y que allí escribe una obra pensada mucho tiempo, una novela personal cuya acción empieza en Servia y se desenlaza en Biarritz.

La novela se escribirá en francés y se publicará en París. La intriga, dicen los que saben ó creen saber esto, no es una creación imaginativa sino una historia real, vivida, con personajes que todo el mundo podrá nombrar con el nombre que llevan en la sociedad europea.

Si realmente escribe Natalia la novela de su vida, podrá darnos á paladear una obra sabrosa, exquisita y amarga.

Aún recordamos su ruptura con el rey Milano,

después de una aventura escandalosa en la corte de Servia.

El rey Milano era demasiado galante, demasiado tierno con las damas.... Al fin hubo de exasperarse la reina, huyó de la corte y se dió á los viajes por toda Europa, siendo Biarritz la residencia de recreo que prefiere.

Es muy altiva para perdonar y muy tierna y delicada para olvidar los deslices de su esposo.

Magnífico estado de alma el suyo para la creación de una obra literaria! Todos la esperan con curiosidad ansiosa.

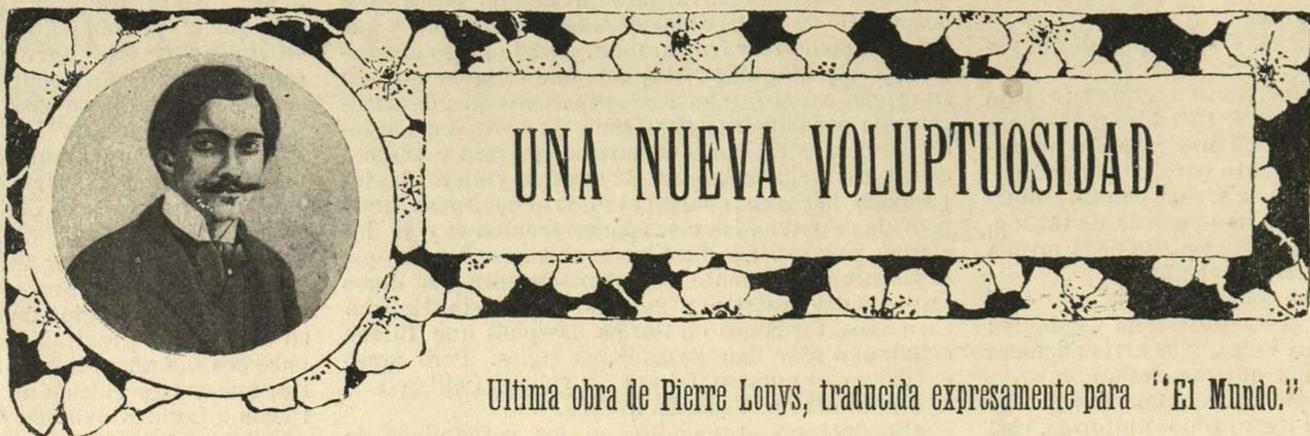
Después de «Los Reyes en el destierro,» «La Reina en el destierro.»



CASA DEL SR. LUIS SARRE.—AVENIDA DEL 5 DE MAYO.



CASA EN CONSTRUCCION.—CALLE DE ROSALES.



Ultima obra de Pierre Louys, traducida expresamente para "El Mundo."

M. Gladstone. (frente á un mapa. Qué montañas son esas dos cerca de las fuentes del Nilo?)

M. Stanley.—Son las montañas Gordon-Benett-Mackay.

M. Gladstone.—Y quién les ha dado esos nombres ridiculos?

M. Stanley.—Yo, Señor, que las he descubierto.

M. Gladstone.—Oh! no. Fueron descubiertas hace veintitrés siglos por Herodoto.

[Daily News, 1896].

I

Hace cuatro años, acaso cinco, habitaba yo muchos días de la semana una planta baja incómoda, pero clandestina y habitual, en una calle que comunicaba por una de sus extremidades con el pequeño parque Monceau. Detalle sin interés para mí, porque la verja de mi casa se cerraba siempre antes de la media noche, de suerte que yo no podía pasar precisamente á la hora en que aprecio los paseos al aire libre.

Una noche, como me encontrase ahí en conversación silenciosa con dos gatos de fayenza azul acurrucados sobre una mesa blanca, vacilaba entre dos pasatiempos de soledad: ó escribir un soneto regular fumando cigarrillos ó fumar cigarrillos mirando el tapiz del techo.

Lo importante es tener siempre un cigarrillo en la mano; es preciso envolver los objetos de una nube celeste que bañe las luces y las sombras, borre los ángulos materiales y, por un sortilegio perfumado, imponga al espíritu que se agita un equilibrio variable de donde pueda caer en el sueño.

Esa noche yo tenía la intención de escribir y el deseo de no hacer nada; en otros términos, era una soirée que se parecía á todas las otras, y que iba á terminar fatalmente delante de una hoja de papel virgen y de un cenicero lleno de cadáveres, cuando de pronto fui distraído de mis pensamientos por un campanillazo inesperado.

Levanté la cabeza. Me persuadí de que el viernes 9 de Junio, no esperaba á nadie á esa hora de la noche; pero como un segundo campanillazo siguió de cerca al primero, fui á la puerta y la abrí.

Abierta la puerta ví á una mujer. Manteníase envuelta en una capa flotante que era de paño beige como una toilette de viaje, pero con broches de entrelazos como una salida de baile, y la cual se ceñía al rededor del cuello, por medio de una cadenilla redonda y acopada, de donde la cabeza emergía apenas, morena bajo los cabellos teñidos de azul. El rostro era joven, sensual, un poco burlón: dos ojos negríssimos, una boca muy roja.

«¿Quiéres permitirme que pase?» dijo inclinando la cabeza sobre el hombro.

Yo me hice á un lado con el asombro particular de un hombre que ve entrar en su casa, á la hora en que casi no se recibe ni á las amigas más íntimas, á una mujer que no le despierta el menor recuerdo y que le tutea desde la primera frase.

«Querida amiga, le dije tímidamente, cuando la he seguido á mi recámara, «querida amiga, no me acuses; te reconozco á maravilla, pero no sé por qué infortunio no puedo en este instante recordar tu nombre. No sería por ventura Luciana ó Tototte?»

Ella se sonrió con indulgencia y sin responderme desató su abrigo. Su traje era de seda verde agua, ornado de gigantescos iris tejidos con el mismo género, y cuyos tallos subían en husos á lo largo del cuerpo hasta un escote cuadrado que mostraba desnuda la punta de los senos. Llevaba en cada brazo una pequeña serpiente de oro de ojos de esmeralda. Un collar de gruesas perlas en dos filas brillaba sobre su piel obscura marcando el nacimiento del cuello que era móvil y redondeado.

«Si me reconoces, dijo ella, es que me has visto en sueños. Yo soy Calisto, hija de Lamia. Durante mil ochocientos años mi tumba permaneció en paz en los bosques floridos de Daphné, cerca de las colinas donde fué la voluptuosa Antioquia. Pero ahora las tumbas viajan. Me han llevado á París y mi sombra siguió á la piedra que contenía mis finas cenizas. Largo tiempo aún he dormido encerrada en los sótanos gla-

ciales del Louvre. Ahí estaría aún si un gran pagano, un Santo varón, M. Louis Menard, el único que se acuerda ahora de los ritos y de los gestos divinos, no hubiese pronunciado ante mi tumba las palabras tradicionales que saben dar á los pobres muertos una vida efímera y nocturna. Durante siete horas, cada noche me paseo por la ciudad sucia.

—Oh! pobre niña, interumpí yo—qué cambiado debes de encontrar el mundo!

—Sí y no. Encuentro las casas negras, los trajes feos y el cielo lúgubre (qué singular idea habeis tenido de venir á habitar bajo un clima semejante!) Encuentro que la vida es más tonta y las gentes tienen el aspecto menos alegre; pero si siento estupefacción, es cuando veo, á cada paso todas las cosas que yo he conocido. Cómo! En mil ochocientos años no habeis hecho más que esto. Nada más nuevo? Nada mejor en verdad? Lo que yo he visto en vuestras calles, en vuestros campos, en vuestras casas, es todo? Eso es todo? . . . Qué miseria, amigo mío!»

El asombro que ella notó en mí bien podía servir de réplica. Sonrió y se explicó.



—Ves cómo estoy vestida? me dijo. Tengo el traje que me pusieron en el sepulcro. Míralo. En mi tiempo se vestía uno de lana, de hilo y de seda. Al volver á la tierra yo creía que aún el recuerdo de esos trajes había desaparecido.

Imaginaba (perdóname) que después de tan largos años los hombres habían descubierto telas maravillosas como el sol y la luna, y más voluptuosas al tacto que la piel de una virgen ó de una fruta. Pero no: de qué os vestís? de lana, de hilo y de seda

Oh! bien sé; habeis inventado los cotones y envolvéis en ellos á los negros que os parecen inconvenientes en el estado en que andan por ahí. Acaso es extremadamente moral Y á tí te gusta mucho el algodón? Estás orgulloso de su descubrimiento? Yo no puedo ni siquiera tolerar entre mis dedos esa cosa que se desliza y se deshace. En fin, tienen ustedes una tela mejor *drapeada* que la lana? No. Más fina que el hilo de lino? Más luminosa que la seda?

Pero respóndeme!»

Y prosiguió:

«En mi tiempo se calzaba uno de cuero. . . Conocíamos las babuchas, los zapatos de color, las pantuflas forradas, los botines altos. . . toma! tus zapatos de ciclista descubiertos, con una brida un poco más alta, son de una forma fría: Mira ahora los míos: son de marroquí olivo y dorados en los fierrecillos como una pasta. Admirálos. No encontrarás unos tan bellos en la zapatería donde se calzan tus amigas.»

Y continuó todavía:

«En mi tiempo, para hacer las alhajas, se servían de los metales preciosos: el oro y la plata. Han encontrado ustedes un tercer metal? Hacían collares, sortijas, brazaletes, aretes, diademas y broches. Yo he encontrado todo eso en la calle de la Paz, idéntico. Nosotros conocíamos las perlas, la esmeralda, el diamante, el ópalo, la piedra de luna, el rubí, el zafiro y todos los sílices matizados que vienen de la Arabia y de la India. Ahora es como entonces. Por acaso tendríais vosotros una nueva piedra preciosa creada en dieciocho siglos? Una sola, dime una, te lo suplico! Una piedra que yo no haya conocido, una sortija que yo no me haya puesto en mi dedo; una alhaja nueva, aunque la montadura sea de oro como las mías, puesto que no tienes un metal más raro que ofrecerme, pero que lleve entre sus garras una gema inventada.»

Su voz se iba animando poco á poco hasta llegar á un tono de reproche y de despecho.

—Callisto, respondí, me parece que das una importancia exagerada á los ornamentos de que se cargan las mujeres y que no tienen otra excusa que la de ocupar con su elección difícil y su composición meticolosa una vida sin labor y sin movimiento. Es sabido ahora, después de diez mil años de esfuerzos infructuosos en todos los pueblos, que una joven no sabría jamás ser tan bella por ministerio del arte del costurero, del bordador y del orfebre como en el instante en que se muestra tal como los Dioses la han creado. Ese simple traje no dudo que los Griegos no lo hayan conocido.

—Mejor que tus compatriotas.

—Ustedes no lo han inventado sin embargo. No te enorgullecas de él. Yo reconozco que en nuestros días lo disfrazan todavía peor que en el tiempo en que tu naziste; pero de lo malo á lo peor, importa acaso la diferencia? No puede uno vestir á las mujeres. Esta es una máxima. Nosotros no la destruiremos. M. Poincaré ha probado ya matemáticamente que es inútil ejercitar la imaginación humana en buscar este descubrimiento, tan quimérico como la trisección de los ángulos. Por mi parte, yo no me aflijo de un fracaso que persiste porque es eterno, y me contento con admirar á la mujer en su pureza primitiva (que, también es inmutable), con la emoción antigua de aquellos que tocaron á Helena.»

Ella me miró más fijamente, inclinando la cabeza hacia mí y me dijo con lentitud:

«Estás tú seguro, oh presuntuoso! de qué las mujeres no han cambiado?»

II.

Lo que hizo inmediatamente después de haber dicho esas palabras no se si lo he visto en la turbación en que yo estaba.

Cómo se quitó sus sortijas, hizo deslizarse cuatro brazaletes, abrió su cuello y dejó caer sus ropas al mismo tiempo que sus luengos cabellos, no podría decirlo. Fué tan rápido y maravilloso que me ha quedado en la memoria un deslumbramiento lleno de sombra.

Hasta entonces yo no había creído con certidumbre en la realidad de la aventura. Las apariciones tomadas largo tiempo por sobrenaturales y después consideradas como más espontáneas, obediendo á las leyes de una naturaleza profunda y mal conocida, se presentan algunas veces con los caracteres de una materialidad que no es desmentida por ninguno de nuestros sentidos y que puede extraviar á un espíritu incrédulo ó simplemente prevenido contra lo inverosímil.

Yo me preguntaba hacía una hora, si era mistificado por una lectora extravagante: alguna extranjera, pensaba yo, demasiado inmodesta y sobrado deliberadora para dirigirse en la noche á una recámara donde no la invitan, y que quiere hacer olvidar el designio trivial que la arrastra, en consideración del cuidado que pone en disimularlo con un traje de teatro. Yo había respondido en el sentido en que ella misma

me hablaba, con la reserva de un interlocutor complaciente que por deferencia ó por curiosidad no quería desgarrar demasiado pronto el tejido de una comedia laboriosa é interesante.

Mas desde que la ví tal cual era, comprendí que venía del fondo del pasado.

Me acuerdo que en el momento en que tuve esta certidumbre, inicié, si no acabé, todos los movimientos que un instinto religioso me inspiraba invenciblemente. Me retuve en mi asiento para no ponerme de rodillas y la miré inclinando la frente con un sentimiento de sacrilegio, como si una persona de tal modo milagrosa no debiese ser contemplada de la misma suerte que se vé á las mujeres vivientes.

Jamás me he sentido tan conturbado.

Callisto, era alta, tenía el torso estrecho y redondo; el talle alto, la pierna muy larga. Sus articulaciones finas eran de una fragilidad que me deslumbraba.

Pura y sin afeites su piel lucía como al salir del baño. Era morena, de un ligero tono uniforme, casi negro en el borde de los párpados. No sabría explicar cómo su belleza no podía ser realizada ni bajo nuestro clima ni aún en nuestro tiempo, porque esta evidencia no nacía de detalle alguno, sino solamente de una armonía y acaso de una claridad. Para afirmar una diferencia entre ella y las mujeres de mi época, estaba yo obligado á creer sin otra prueba para mi discernimiento, como un coleccionador distingue lo verdadero de lo falso sin que algunas veces pueda demostrar, que se funda en un indicio particular para establecer su convicción.

Como para ponerse á mi vista, extendióse sobre una *chaise longue*.

«Hubierais podido á lo menos perfeccionar á las mujeres, replicó ella sonriendo. Y ya lo ves, las razas han perdido. Vuestros médicos que desprecian á los nuestros, por qué dejan ahora á tus amigas menos bellas que mis hermanas? La tierra en que nosotros vivimos no ha desaparecido. El Oronto descende siempre del fondo de las montañas de cedros. Smirna sobrevive. Esparta ha muerto pero Atenas ha resucitado. Siglo vanidoso y débil, por qué no has criado selecciones de mujeres como creas familias de rosas? No lo puedes. Tu esfuerzo es el de un niño; nuestro esfuerzo fué el de los Dioses.

En tanto que me hablaba (Yo no estaba casi en espíritu de discutir con ella) un terror como ya no se experimentan sino en los estremecimientos de la somnolencia, me oprimía las sienes. Temblaba al pensamiento de que me abandonase de pronto como un ser fluido, una nada de luz y me preguntaba si sólo mis ojos tendrían la ilusión de su presencia carnal, si podría tocar con el extremo de mi dedo la piel tierna de su cadera.

«Ven, dijo ella riendo. No soy una sombra. Dame la mano.»

Y me atrajo dulcemente.

Después, con una obstinación que no quería desmentirse, tornó á su conferencia.

«Mil años antes de que yo fuese bella, los hombres se unían á las mujeres poco más ó menos como los rebaños. Has leído á Homero? Ni Argos ni Troya conocieron otros placeres que los salvajes con que los animales se contentan. Aun el beso en la boca era ignorado de Briseis. Jamás al rededor del talle de Helena, una mano abierta y ligera hizo surgir el estremecimiento que nace de la caricia humana.»

Cerró los ojos.

«Y después, de pronto, en un día, al antiguo oriente donde yo nací, robó á los Dioses, como un fuego eternamente joven, el sólo don que los distinguiera de los otros habitantes de la tierra: inventó la voluptuosidad.

«Oh días de savia! Juventud del mundo! Por la primera vez los labios de un hombre y los labios de una mujer, dejando las frutas, se saborearon. La gran alma ardiente de Afrodita, inspiró todos los días un placer nuevo, un placer nuevo, me entiendes? Descendió desde el olimpo azul y la embriaguez del goce comenzó. Desde Babilonia hasta el Monte Erix, todos los perfumes, todas las sedas, las felpas, las artes, y las mujeres, formaron el triunfo que siguió al descubrimiento de la alegría. Las muchachas, libradas al fin de una barbarie hereditaria, conscientes de sus anhelos abrieron las alas de su nariz á la rosa y sus bocas á la boca. Durante siglos aumentó el tesoro de los goces. En mi tiempo, en Antioquía y Alejandría, las mujeres enriquecían aun ese tesoro. Yo misma, Callisto, hija de Lamia, encontré».....

Pero yo retrocedí.

Ella rió.

«Ah! tienes medio! Pues bien, habla á tu vez, veamos! Durante los mil novecientos años en que yo permanecí en mi sueño sepulcral, qué nueva alegría habéis conquistado? Hace un momento te pedía una perla nueva. Ahora te pido un amor que no haya experimentado. Sin duda después de tanto tiempo se os han debido revelar nuevas dichas. Espero que me invites á compartirlas.»

Manteniase con seguridad en sus posiciones de ironía y yo adivinaba que durante sus largos paseos nocturnos á través de la ciudad, había ensayado en vano completar su educación: así, no intenté nada en este camino imposible.

«Ten paciencia, le dije simplemente. Sabes, hemos

comenzando por olvidarlo todo. Y después inventamos de nuevo. Eso es lo que se llama historia de la civilización moderna. Llegaron al mundo pocos años después de tu muerte calamidades sin ejemplo y que habrían podido ser irreparables. Desde luego el nacimiento y la singular fortuna de una religión que en su origen era seguramente loable, pero que, desnaturalizada por israelitas demasiado groseros ó demasiado hábiles, esterilizó el esfuerzo de tu raza y sembró de sal las ruinas de Atenas. En seguida vinieron las invasiones bárbaras; cuando el diluvio de Judea hubo podrido el navío, las ratas penetraron en él y lo hicieron pedazos. Eso duró hasta el nuevo día en que se vió subir del oriente como una aurora los libros salvados del desastre y vueltos de Constantinopla. Cien años tardamos en leerlos. Después que fueron estudiados sólo han pasado tres siglos. Pero acaso el tiempo es nuestro. Déjanos el tiempo Callisto.»

Ella mostró una sonrisa irónica.

«Encontrarás—respondió—en los pergaminos de tus museos la tradición de Rhodopis? Vuestros arqueólogos, que tan bien poseen la política de Pericles y la estrategia de Alejandro, han reconstruido la ciencia de Aspasia y de Thais? Saben si la tumba en que reposa el polvo fino de Trinéa no ha encerrado para siempre el secreto de una dicha perdida?»

«Esta tradición yo la poseo aún. Quieres conocerla? Te la abandono.»

III.

No llevaré más adelante este fragmento de memorias; porque ya he escrito con los documentos de Callisto todo un libro que es *Afrodita*.

Callisto se dispuso á alejarse á eso del medio día. Me hizo observar con dulzura que ya el sol se había levantado y que por culpa de un alumbrado perfeccionado no nos habíamos dado cuenta de ello.

«Vosotros destruís la noche; vosotros no conocéis ya el alba, dijo ella con voz triste. En otro tiempo el espectáculo de los fulgures de la mañana era la recompensa de las largas veladas enervantes. Ahora pasáis vuestra vida en medio de una luz monótona y no sabéis ni aun mirar las tinieblas.»

Yo me inquieté.

«Medio día!..... pero tú me habías hablado para tí de una vida limitada á las horas nocturnas. ¿Cómo puedo tenerte aún aquí?»

Ese es asunto entre mí y Persephone, dijo con una sonrisa singular. Conversemos, no he acabado aún de injuriar tu época.»

Yo estaba un poco cansado y sin embargo, nervioso.

Basta, le dije, te lo suplico. Hablemos de nosotros, quieres? Dejemos el mundo, mejor ó peor.... Tú sola me interesas.

«Entonces escúchame. No estás convencido. Continuaré hasta que confieses. Verdaderamente vuelvo desolada de mi segundo viaje sobre la tierra. Habría debido permanecer en la tumba con el ensueño de un tiempo más puro en que yo había crecido en medio de la alegría. Tengo necesidad de decir á alguien con qué decepciones termino mi paseo y cuanto censuro á tu siglo, por todas las sorpresas que ha dejado de ofrecerme. Si vieras! El mundo es un joven que daba esperanzas y que está en vías de inutilizar su vida.

—Yo no sé.... Me parece sin embargo que hemos pensado mucho, creado mucho desde tu muerte. El siglo en que vivimos no es tan despreciable.

—Lo es un poco por su impotencia y un poco más todavía por su fatuidad. No! vosotros no pensais, y no creais! Sois fenicios hábiles para reproducir los modelos inventados por mi raza, pero fuera de nosotros no los encontráis y no existís sino en nuestra sombra.»

Hizo un gesto.

«Paseate por las calles de París. Por donde quiera nuestra alma eterna surge brillante en las fachadas de los monumentos, en los capiteles de las columnas y sobre la frente de las estatuas. Después de haber esbozado durante una edad media bárbara y enclenque, miserables construcciones que ya se desmoronan (admirable!) vosotros, los hombres de los tiempos modernos, incapaces de crear, habéis tornado á nuestras ruinas y hace cuatrocientos años hacéis mosaicos de piedra con los trozos de nuestros templos. Una columna encontrada en Sicilia ha engendrado dos mil iglesias y otras tantas estaciones de camino de hierro. Ni aún para las necesidades nuevas habéis sabido crear una arquitectura nueva. Con el bronce de vuestros cañones, recopiais la columna Trajana y hacéis galerías de quators que son de estilo corintio. Después de nosotros que esculpimos el mármol y que fundimos el bronce al *moule*, no habéis encontrado nada, ni siquiera una alianza química, más digna de reproducir la figura humana. Y el solo grande de vuestros escultores no ha sido lo que essino porque habéis encontrado bajo la tierra un torso de Apolonius; un trozo sin cabeza, sin brazos, sin piernas, una ruina lamentable, pero obra creada, eso sí, obra creadora! Principiantes!»

Tomó dos libros de un estante y los arrojó sobre la alfombra.

«Vuestro pensamiento, como vuestro arte es pará-

sito de nuestros cadáveres. No es Descartes, es Parménides quién dijo que el pensamiento era idéntico al ser. No es Kant, es también Parménides quién dijo que el pensamiento era idéntico á su objeto. Y en esas dos frases se agrupan las escuelas enteras; y no saldrán de ahí. En donde quiera que vuestra ciencia se vuelve general, se basa, aún ahora sobre vuestras bases fundamentales. Los maestros de Euclides fijaron para siempre las relaciones inmutables de las líneas. Arquímedes se sirvió del cálculo integral, mucho antes que vuestro Leibnitz que nos debe también su metafísica.

En lugar de meditar ante la caída de las manzanas, el Newton á quien reverencias, habría podido limitarse á leer una página de nuestra Aristóteles en que su teoría de la gravitación universal estaba expuesta hace dos mil años. Sobre la constitución de la materia, que es el problema de Dios, Demócrito sabía tanto como Lorel Kelvin, su hipótesis queda como sola admisible. Por último, en el momento en que estais á punto de concebir una ciencia universal y central, cuya ley bastaría á explicar la totalidad de los fenómenos, qué ciencia es esta, y cuál es esta ley? Aquellas de que Heraclito dió hace dos mil cuatrocientos años, la expresión definitiva:—el fuego se transforma en movimiento; el movimiento se transforma en fuego y ese es el mundo.»

Yo estaba agotado.

«Oh Callisto, supliqué escucha mis palabras aladas, eres demasiado sabia. Yo ya había oído decir que las cortesanas antiguas, eran mujeres de rara intelectualidad, pero no fué sin duda eso lo que las hizo bellas. Ahora si Madame de Pougy, á pesar de su hermoso talento literario quisiese conversar con M. Bouthoux de los asuntos que la preocupan, no lograría interesarla tanto como una Aspasia hablando á Xenofonte. Y sin embargo yo la prefiero porque me habla con más gusto de un traje de Jacques Doucet que de una ley termodinámica, y es esa una conversación que cuadra mejor á su cuerpo flexible. Por lo demás, el encanto de una mujer se acrece siempre en el momento en que se calla; pero ésta es una verdad especial cuya evidencia no aparece sino á los hombres.»

Ella esperó en silencio que yo hubiese terminado; después con una obstinación victoriosa, prosiguió:

«Sea como fuere, en dos mil años vosotros no habéis descubierto ni.....

—Hemos descubierto la América, interrumpí yo pacientemente.

—Eso no es cierto.

—Callisto, no digas absurdos.

—Repito y sostengo que la América fué descubierta por Aristóteles y que esta no es una tesis paradójal, sino un hecho historico y patente. Aristóteles sabía que la tierra era redonda, [y así puedes leerlo en sus obras] había aconsejado que se buscara el camino de las Indias. «por el occidente, más allá de las columnas de Hércules.» Este es el proyecto de que Colón hizo uso. Pero siempre se ha estimado que la gloria de un descubrimiento es para el cerebro que lo concibe y no para el obrero que lo ejecuta. Cuando Leverrier descubrió á Neptuno.....

—Vaya! Dije yo en el colmo del cansancio, convienes pues á lo menos en esto: en que hemos descubierto á Neptuno.

—Y aún cuando eso fuera! Han descubierto á Neptuno. Eres sorprendente! Desde ayer te suplico que me reveles un placer nuevo, una conquista hacia la dicha, una victoria sobre las lágrimas. Y han descubierto á Neptuno! Vuelvo á la vida después de veinte siglos, ansiosa de todo, celosa de las maravillas que suponía inventadas, preguntándome si no voy á llorar durante mi vida de sombra eterna, por haber venido al mundo demasiado pronto: y han descubierto á Neptuno! Un placer! Un placer! Placer de espíritu, placer de los sentidos, qué me importa! Voy, pues, yo á volver á los campos Eliseos sin llevar conmigo el recuerdo de una nueva voluptuosidad?»

Extendió las manos. Después dijo bruscamente:

«Por lo demás, es Pitágoras quien descubrió á Neptuno.»

Yo me sentí aniquilado.

«Sin duda—explicó inexorable.—Pitágoras había encontrado que el sistema solar debía componerse de diez astros. Yo no sé en qué se fundaba para afirmar esta cifra; pero como su discípulo Philolaos debía discernir más tarde sin ningún instrumento provisto de lentes y muchos siglos antes de Copérnico, el doble movimiento de la tierra alrededor de su eje y alrededor del fuego central, como sin duda no es posible comprender cómo un descubrimiento semejante ha podido establecerse, con el solo recurso del razonamiento, no tienes el derecho de prejuzgar que la hipótesis de Pitágoras haya sido avanzada temerariamente y se haya confirmado por azar. He dicho.»

Yo no luchaba ya.

—Quiéres un cigarrillo? pregunté.

—Cómo?

—Digo: quiéres un cigarrillo? Sin duda también eso nos viene de Grecia, puesto que es Aristóteles quien ha.....

—No. No voy hasta allá. Confieso que ignorámos esa inepta costumbre que consiste en llenarse la

boca con humo de hojas. Pero creo que no pretendes ofrecer eso como un placer.

—Quién sabe! Has ensayado?

—Jamás! Cómo, tú eres de los que se entregan á ese ridículo ejercicio?

—Sesenta veces al día. Y aún es la sola ocupación regular con que he consentido en cargar mi vida.

—Y te agrada?

—Creo verdaderamente que me resignaría á no tocar la mano de una mujer durante una semana entera, antes que verme separado de mis cigarrillos durante el mismo tiempo.

—Exageras.

—Casi no.

Se había puesto pensativa.

—Bueno! dame mi cigarrillo.

—Aquí lo tienes.

—Enciéndelo. Cómo se hace? Se aspira?

—Las señoritas soplan en él: pero este no es el mejor medio. Más vale aspirar en efecto. Aspira una bocanada. Cierra los ojos. Otra . . .

En algunos minutos Callisto había vuelto cenizas su pequeño rollo de hojas orientales. Arrojó la colilla media consumida, en la cual el afeitado de sus labios había dejado algo rojo.

Hubo un silencio.

Evitaba aún mirarme. Había tomado el paquete cuadrado, en su mano, que me parecía agitada como por una ligera emoción y después que lo hubo examinado por sus cuatro lados, vi que no me lo devolvía.

Lenta, con el cuidado que se concede á los objetos más preciosos, lo depositó cerca del cenicero, al borde de un diván claro donde extendió su largo cuerpo moreno.

PIERRE LOUYS.

1899.

TIBI, BEATRIX.

Clamando á tu piedad en mi suplicio,
Como en un claustro vivo en mi amargura,
Y tu desdén tenaz, como un cilicio,
Mortifica mi alma y la tortura.

Tu sólo nombre mi aflicción modera,
Y cuando á tí suspiro y en tí pienso,
Perfuma mi aflicción, como si fuera
Tu nombre un grano de oloroso incienso.

¿Me verás con tus ojos soñadores
Y me darás tus manos bendecidas,
Cuando hayas descubierto mis dolores
Y cuando hayas tocado mis heridas?

Cuando hayas descubierto mis dolores
Y cuando hayas tocado mis heridas,
Me verás con tus ojos soñadores
Y me darás tus manos bendecidas.

Eres el agua que la sed apaga,
Eres sombra, eres bien, eres dulzura,
Y para el corazón que es una llaga,
Un óleo milagroso de ternura.

Mi amor fundir espera tus enojos,
Y ya mi amor ha visto á la esperanza
En el azul abismos de tus ojos
Relucir como el signo de la alianza.

Y quiere tu bondad mi sufrimiento,
Y ante tu solio mi pasión se inclina:
Oye mi voz, alivia mi tormento,
TURRIS EBURNEA, STELLA MAUTINA.

EFREN REBOLLEDO.



LOS ALACRANES.

De "Canciones Surianas."

Es la siesta de oro. Ya el Sur mansamente
dormitando yace;
la afanosa araña su nipona seda
teje infatigable;
llueve sobre toda la Tierra Caliente
lumbre tremulante,
y fingen crisoles hirvientes los ríos,
y su guitarrico la cigarra tañe.
Míralos! del fondo negro del terruño
que cubren las greñas de los yerbazales,
de entre los rastros del jacal indiano
y de entre las crustulas de los viejos árboles

buscando los rayos del Sol, ya saliendo
van los alacranes!

* * *

Míralos! ansiosos-tijereteando
van entre la yerba, sedientos de sangre;
todos los insectos que á su paso encuentran
—vampiros alevés—los tornan cadáveres.

* * *

Oh los traicioneros, oh los malecheros,
oh los criminales!
Doré á los dragones que grabó en las páginas
del libro de Dante,
no les dió el aspecto que tenéis vosotros,
viles alacranes!
Qué loco poeta, qué astrónomo iluso
en sus ideales,
entre las miriadas de rubias estrellas
pudo distinguíros bellos y radiantes?
Porqué formais parte de los misteriosos
signos zodiacales? . . .

* * *

Cómo tiembas niña; tal parece al verte,
pálida y cobarde,
que en el seno llevas un grueso puñado
de esos alacranes!
Oh criolla, mi criolla de ojos negros, como
dos lagos que asombran lúgubres frondajes;
la que tiene fina vellazón dorada
en su tez suave;

la que ostenta labios frescos y purpúreos
que destilan néctar de anona fragante . . .
labios como ubérrimas tunas del Otoño
cuya carne pican pájaros voraces!
Dame tu boquita en flor, esa boca
que al sentir el polen de mi beso amante,
con supremo espasmo se estremezca . . . dámela . . .
Y cuando en la hamaca tranquila descanses,
yo —miserable esclavo— con un abanico
de palmas reales,
haré que la nube de moscos se ahuyente
y seré el verdugo de los alacranes!

* * *

Entretanto, míralos: con sus ocho patas
de ganchos puntales,
la panza escamosa con su par de peines
de diáfanos ámbares,
el dorso enarcado y hecho con sortijas
pequeñas y gráciles,
vividlos los ojos múltiples; erecta
la cola y vibrante,
y abriendo y cerrando las férreas tenazas
inquisitoriales,
por entre la yerba, rápidos huyendo
van los alacranes!

JUAN B. DELGADO.

México.



IN MEMORIAM.

Dijo la Muerte: venceré! y traidora
Rauda saeta disparó al amante
Que al punto en tierra da y, agonizante,
En vano auxilio de la Vida implora.

Amor conduce á la que triste adora,
Y pálida al mirarlo, vacilante
Se arroja al lecho y clama delirante
Le oprime y besa y sin consuelo llora.

De pronto calla . . . se extremece, fría
Mira en sus brazos la materia inerte
Y el alma en brazos de la Parca impía . . .

Y entonces ¡loca! sin temer su suerte,
Hiérese el albo seno y á la umbría
Región se lanza y triunfa de la muerte.

FERNANGRANA.

Nosotros tenemos *idea de lo perfecto*, y esa idea no
puede venirnos ni de nosotros ni de la naturaleza.
Tiene, pues, que provenir de un ser perfecto en sí
mismo, cuyo reflejo en el hombre se llama *belleza*.

ZORILLA DE SAN MARTIN.

COSAS DE PACHECO

A JUAN SANCHEZ AZCONA.



Pacheco fungirá esa tarde en el entierro de una doncella de veinte años.

No es el mozo de cordel, rudo y vulgar, de la muerte, sino un empleado que tiene cariño á sus ocupaciones; un empleado que viste de negro pero posee una imaginación de poeta nato; una imaginación tropical, generosa, inagotable, encerrada en un cuerpecillo menesteroso y raras veces externada en su faz asimétrica.

Y dicen los médicos que esa asimetría facial, sumada con los antecedentes hereditarios, las anomalías pupilares, la torpeza de la palabra y otros signos pudieran ser el proceño de una gran tribulación. Tarde ó temprano, el pobre Pacheco ceñirá la corona de flamas, espinas, víboras y flores de la locura y traicionera lo ceñirá con abrazo de piedra, con abrazo hercúleo la parálisis general progresiva. No se lo han dicho ni él se lo sospecha.

Y ama la vida el tal mozo de la Agencia de Inhumaciones; la ama como si fuera una bendición; la ama aunque á diario y de cerca contemple los aspectos multiformes de la muerte.

La muerte á quien juzga fenómeno tan familiar como el cambio de clima ó la germinación del trigo.

Metidas las manos en los bolsillos de su pantalón necrológico, caída sobre los ojos la visera de su gorri-lla rotulada, camina de prisa aunque claudicando y sonríe y habla solo: sonrío de sus imaginaciones, habla de sus fantasías. Al mirarlo encender su cigarro y expulsar valientemente la bocanada de humo entre cerrando el ojo derecho, se diría que va de parranda ó se dirige á una eutropalía plácida; y nó, camina rumbo al entierro, á tres calles, donde se detienen coches y de los coches descienden los de la comitiva.

¡Cuántas personas le han sido presentadas y no las reconoce; porque es mal fisonomista para los vivos, pero en cambio, cuán fiel es su recuerdo para conocer las caras de los muertos que *ha tratado!*

Su memoria no es una galería, es una fosa enorme, un larguísimo panteón donde yacen sus conocidos de última hora: amarillos, rígidos, los ojos bajos, la nariz afilada, labios azules, mandíbulas ceñidas por lívidos pañuelos.

Estima á los hombres por los honores póstumos que se merecen; alguien se le antoja célebre, talentoso, meritísimo, y allá en las mientes avalúa su entierro: carroza número uno, ocho caballos, cuatro palafreneros, diez carros con cortinas y visillos, etcétera; alguien se le antoja insignificante y lo encierra con la imaginación, primero en una caja desvencijada, espolvoreada de marmaja, y después en la gaveta municipal de los menesterosos.

Si en este país se estimara á los artistas; si pudiera escribir en un periódico, charlar con un cronista, extrañaría sus proyectos geniales, sus ensueños simbólicos, su poesía funeraria, produciendo una revolución en la estética convencional hoy reinante en lo que atañe á sepelios.

Entonces los Presidentes, los Obispos, los Cresos, los masones, serían inhumados según el programa original y concerniente formado *ad hoc*. En todo se adelanta y sobre todo se legisla, pero *aquí* ni quien sospeche que ya es anacrónico tender á los muertos en una cama sin colchón, sobre una sábana y con los cuatro cirios de rigor. ¿Pues qué, no podría amenizarse la decoración? ¿pues qué, no pueden inventarse lechos en los que figuraran el libro del hombre de ciencia, el tablado del escultor, el piano del virtuoso los tambores del soldado?

¿Por qué no sacudir el yugo de la rutina? ¿por qué acostar venga ó no venga al caso á quién finó? Un perito hábil en actitudes de cadáveres, podría dar á estos posturas académicas, poéticas, significativas; cuán bello un orador cubriéndose el rostro con el manto tribunicio! ¿qué hermoso el sabio sentado frente á un bufete con la cabeza entre las manos, pensativo! ¿qué noble el pastor de almas arrodillado, humillada la testa como en profundo actode adoración! ¿qué consolador el niño de bruces sobre sus juguetes más amados!

Y las que mueren jóvenes, las vírgenes.

Aquí Pacheco se siente invadido por una profundísima tristeza; vírgenes! Virgen es Marta, la pobrecita bien amada, ese vaso de resignación, esa infeliz criatura antes tan bella, hoy tan demacrada y patética, h indida en un viejo sillón, atada por el reumatismo, mirando desfilan eternos y á paso de entierro, los días, las semanas, los años!

Pobre niña! Para ella qué góndolas de seda, qué hamacas de enredaderas, qué nubes sostenidas por ángeles, qué atahudes de cristal, qué canastillas de flores frescas, multicoloras, libadas por colibríes y mariposas serían dignas de sustentarla?

Pero su enfermita, de miembros angulosos y torcidos por el dolor, como patas de araña; para esa, no tendrá tal vez ni el vulgar cojín aforrado de seda, con vidrio en la tapa, ni la corona trivial y rutinera que á diario se echa á cuestras como una carga cualquiera.

Es tal recuerdo lo único que le preocupa al desempeñar animoso casi alegremente las funciones de su empleo.

Los carritos blancos; las difuntas vestidas de novia; las niñas rodeadas de flores y cubierto el rostro inocente por un velo diáfano de primera comunión, pudoroso aún sobre la helada castidad del postrer sueño; todo eso le hace mover la cabeza y le sacude el corazón que se repele angustiado, huyendo del presagio. ¡Si habrá muerto cuando lo está pensando; ella que está en perpetua agonía!

Y en tales momentos sí que asumen aspecto solemne y elegíaco, tantas escenas que le son familiares y cotidianas: el carro rodeado de chicuelos y curiosos; los balcones atestados de vecinos en mangas de camisa, ó con bata; el patio y sus corrillos de enlutados; la servidumbrellorando por contagio; un hombre traído de aquí para allá; de brazos en brazos, como un fardo; un hombre á quien palmorean en las espaldas y le dan el pésame al oído; en el comedor ya con el sombrero puesto y de pié inconsolables parientes tomando una copa de coñac ó encendiendo un puro con mano temblorosa; órdenes y carreras en la alcoba por cuyas alfombras, cual autómatas desarticuladas rueda una dama presa de convulsiones crónicas; en la cocina un niño llorando en el regazo de la vieja criada; y en el cuarto del baño olor á éter y á tisana de naranjo y semidesnuda una histérica de seno aún infantil, cubierto por un sinapismo lanzando trágicas é inconcebibles risotadas.

Entonces sí, que se le humedecen á Pacheco los ojos. ¡Veinte años tenía apenas la muerta y murió del corazón! Y veinte va á cumplir al día siguiente su pobrecita Marta y del corazón está enferma! Y ale lleva adelantado á la muerte la inmovilidad de un cuarpecito mártir.

Pero en marcha ya va la fúnebre caravana bajando las escaleras.



Pacheco se queda atrás y en la cámara mortuoria; cuán grande y qué vacía y en cuál desorden!

Hermosa corona de blancas flores, la que le toca llevar, la ciñe un ancho listón de moaré.

Mira Pacheco á diestra y siniestra, está solo, nadie le espía, sin testigos y desata el listón de prisa y se lo esconde en la camisa y después en el bolsillo, cariñosamente envuelta se guarda una gardenia, la más grande, la más pura, la más fresca.

Y dice tristemente:

—La flor para mañana que es susanto y el listón... y el listón... para cuando le toque, para muy pronto, pobrecita.

Y se incorpora á la comitiva; en su faz la tristeza que exige el decoro profesional.

Adelcampo.
Micror

MATINAL

El Oriente es un mar. Onda parece el celaje que flota sobre el monte, y en su límite azul, el horizonte en tintes de violeta languidece.

Poco á poco Lucífer palidece, y en su carro guiado por Faetonte, como una joya de imperial arconte la mirada de Aurora resplandece.

Con matinal y fervoroso acento tañe muy lentamente la campana, infundiendo en mi ser recogimiento;

y en ese instante de ilusión temprana, vuela á tí mi amoroso pensamiento con la primera luz de la mañana.

SALVADOR GUTIERREZ NAJERA.



TODA UNA JUVENTUD.

Por FRANCISCO COPPEE

Ilustraciones grabadas en nuestros talleres, especialmente para esta edición.

Número 11.

Los parisienses estaban ávidos de noticias respecto á las recientes operaciones militares, porque no habían leído en los periódicos de la mañana, más que despachos enigmáticos y boletines erizados ex profeso, de términos estratégicos, poco comprensibles para los profanos, como todos los publicados durante este horroroso sitio. Pero todos casi todos conservaban intactas sus esperanzas patrióticas, ó para hablar más sinceramente, su ciego optimismo; y estaban seguros, contra toda razón, de la victoria definitiva. Atravesaron el camino en pequeños grupos y aproximáronse á los pantalones encarnados para hablar un poco.

—Y bien, ¿qué ha pasado el 30 hacia el lado de Chapigny? ¿Es cierto que somos dueños de la ribera del Marne? ¿Sabéis, hijos míos, lo que se dice en París? Pues que Trochu va á abrirse paso á paso por entre las líneas prusianas, para unirse con los ejércitos auxiliares; en una palabra, que estamos á punto de dar los últimos golpes...

Y ante aquellos espectros de soldados rendidos y hambrientos, los honrados guardias nacionales bien abrigados para el invierno, comenzaron á proferir las palabras crudas, las frases rimbombantes con las que se enjugaban desde hacía meses: «romper el círculo de hierro,» «ni una pulgada, ni una piedra,» «guerra á todo trance» «salida torrencial,» etc., etc. Pero los más fogosos preopinantes se desalentaron pronto al observar que los soldados de línea se encogían brutalmente de hombros, mirándolos con los malos ojos con que el perro hurraño mira al que le molesta.

Sin embargo, un soberbio sargento mayor de la guardia nacional, con equipo nuevo y barba rubia, esposo de una modista de fama que todos los días en la cervecería después de apurar el sexto bock explicaba, valiéndose de fósforos, un plan infalible para hacer levantar el sitio de París y reducir á polvo los ejércitos alemanes, cometió la torpeza de insistir.

—¡Veamos, valiente!—dijo dirigiéndose á un picareasco cabo que se preparaba á tomar el rancho, en el mismo tono con que hubiera preguntado á un táctico veterano, á un estratégico como Turena ó Davout. —¡Veamos! ¿Estuvo usted en la tremolina de anteayer? Díganos su opinión. Las posiciones ocupadas por Daucot ¿son tan fuertes como se asegura? . . . ¿Será hoy el día de victoria?

El cabo se volvió bruscamente, mostrando una cara cetrina y unos ojos azules llenos de cólera y de amenaza, y dijo con voz sorda:

—¡Vayan ustedes mismos á verlo!

Entristecidos y desalentados por la desmoralización de la tropa, se retiraron los guardias nacionales.

—He aquí el ejército que nos ha dejado el imperio,—dijo el marido de la modista, que era un imbécil.

Viniendo por el camino, procedentes de París, llegaba un batallón de móviles, encaminándose en desorden al lugar en donde empezaban á oírse las descargas de artillería. Eran pobres hijos de los departamentos del Oeste, todos jóvenes, que llevaban sobre los kepis los arañones de Bretaña, y cuyo buenos colores no habían apagado todavía los sufrimientos y privaciones del sitio. Menos deteriorados que los infelices soldados de línea, no teniendo demasiado frío bajo sus pieles de carnero, respetaban aún á sus oficiales, á los que conocían personalmente, llamándoles «nuestros señores.»

Estaban confortados, en caso de desgracia, por la absolución que les había dado anticipadamente uno de sus rectores, que marchaba en las filas de la primera compañía, con la sotana remangada y calado hasta los ojos el sombrero romano. Aquellos muchachos de la landa entraban en fuego algo á la desbandada, como sus antepasados del tiempo de M. de la Rochejaquelein y de Stofflet, mas con paso firme y bien colocado sobre el



hombro el chassepot. ¡Por Santa Ana, que tenían cara de buenos soldados!

Cuando pasaron por delante de los guardias nacionales, el rubio modista agitó furiosamente su kepis en el aire, gritando con toda la fuerza de sus pulmones de buen mozo:

«¡Viva la República!»

Pero otra vez el entusiasmo de aquél fátuo cayó en el vacío.

Los bretones arrostraban el peligro, algo por temperamento y mucho por espíritu de deber y disciplina, y desde un principio, aquellos sencillos corazones llegaron á la suprema sabiduría, que consiste en amar á su país y dejarse matar por él cuando es necesario, sin preocuparse de las varias mixtificaciones llamadas gobiernos. Cuatro ó cinco mocetones, todo lo más, admirados del grito con que se les saludaba, volvieron hacia los guardias nacionales sus plácidas caras de campesinos. . . . y pasó el batallón.

El marido de la modista, que era un vago adorado de su mujer y que gastaba en el café todo el dinero que ella le daba, seduciendo de vez en cuando á alguna aprendiz, se escandalizó sobre manera.

Entretanto, Amadeo Violette se paseaba meditando delante de los pabellones.

Su ardor guerrero de los primeros días había decaído mucho. Desde el principio de este horrible sitio había visto demasiado y oído decir tonterías sin cuento y de sobra asistido á uno de los más tristes espectáculos que pueda dar un pueblo: la vanidad en la desgracia. Estaba hastiado de ver á sus compatriotas, los queridos parisienses, redoblar sus fanfarronadas á cada desastre, y tomar su frialdad por heroísmo.

Admiraba la resignación de las pobres mujeres que hacían cola, con los pies metidos en el barro, á la puerta de las carnicerías en donde se expendía carne de caballo; pero le afectaban cada día más dolorosamente las baladronadas de sus compañeros de parapeto, que se creían sublimes haciendo el fantasmón. Las pesquisas oficiales y la charla de los periódicos inspirábanle inmenso disgusto, porque jamás habían mentido tan descaradamente ni adulado al pueblo con tan innoble baja.

Sin ninguna esperanza en el corazón, con la certeza del desastre final, Amadeo se procuraba un poco de sueño vagando por las oscuras calles de París de entonces, apenas alumbradas por algún quinqué de petróleo, bajo el ovaco y negro cielo de las noches de invierno, oyendo los ecos de los cañones que retumbaban semejantes á aullidos lejanos de perros monstruosos.

¡Qué soledad! El poeta no tenía ni un solo amigo á quien confiar sus tristezas patrióticas.

Pablo Sillery servía en el Ejército de Loire. Alberto Papillon, que había demostrado ardiente entusiasmo en el 4 de Septiembre, habíase hecho nombrar prefecto de un departamento de los Pirineos, y dando un repaso á sus autores, el antiguo laureado del concurso general gustaba allá abajo, lejos de los golpes, mucha saliva y presopopeya, expectorando desde lo alto de todos los balcones arengas en las que frecuentemente salían á relucir los trescientos militares de la antigüedad y cierto desfile por las montañas de Grecia, no del todo desconocidos.

En los teatros en donde se daban beneficios á favor de las ambulancias, ó para contribuir á la fundición de un cañón, Amadeo iba alguna vez á ver á Jockey, que revestido de la cazadora guerrera y con botas de montar hasta el vientre, declamaba con éxito enorme poesías de actualidad, en las que el entusiasmo y los buenos sentimientos suplían al arte y al sentido común. Más ¿qué decir del farsante triunfal que se creía un Tirteo, y que así que le llamaban dos veces á escena estaba convencido de que acabada de salvar á la Patria y de que á Bismarck y al viejo Guillermo no les quedaba más remedio que largarse?

En cuanto á Mauricio Roger, éste desde el principio de la campaña había enviado á la provincia á su madre, á su mujer y á su hijo, y llevando el doble galón de oro de teniente sobre su uniforme de móvil, se hallaba en los puestos avanzados, al lado del antiguo amigo de su padre, el coronel Lantz.

Porque á causa de la escasez de oficiales, habíase arrancado al coronel, del negociado de ingenieros del ministerio de la guerra, haciéndole renunciar á sus reglas y sus compases. ¡Pobre hombre! Sus recuerdos de actividad se remontaban á Crimea y al Cerro Verde. Desde entonces no había visto relucir al sol la sierra de un zapador; y he aquí que pedían á este veterano que volviese á la trinchera á secar los partes de ordenanza con pólvora y tierra removida por las bombas, del mismo modo que Junot lo hizo en Tolón en la Batería de los «Hombres sin miedo.»

Pues bien; no había rehusado el viejo Lantz. Después de haber besado en la frente á sus tres hijas sin dote, sacó de un cajón su uniforme medio apolillado, sacudió cuidadosamente el alcanfor y granos de pimienta, y se marchó á pasito de burócrata á dirigir los trabajos de las trincheras lo más lejos posible de las fortificaciones, muy cerca de los prusianos. ¡Ea! Los ingenieros auxiliares, los señores de gorra á la americana, no tuvieron mucho tiempo para burlarse de la casaca de Africa de corte raro: y del alto kepis á la Bugeaud del antiguo coronel: una bomba alemana estalló un día en medio de este estado mayor improvisado; todo el mundo se echó boca abajo, excepto el Coronel Lantz, que después de la explosión se aseguró los anteojos en la nariz y limpio se la chamuscada barba con tanta sangre fría como si lavara sus pinceles de tinta china. ¡Caramba! Se trata de daros ejemplo señores de la gorrita americana, de sostener el honor de las armas especiales, de enseñaros á respetar el peto de terciopelo negro y la doble tira roja del pantalón. A pesar de su distracción y sordera, el coronel había oído murmurar á su lado las palabras de «abuelo Lantz, viejo estantigua.» Pues bien, señores oficiales de cartón, ahora ya sabéis lo que algo bueno tenía el antiguo ejército.



Mauricio Roger, destacado de su batallón y á las órdenes del coronel Lantz, cumplía su deber como verdadero hijo de soldado, siguiendo á su jefe á los puestos más peligrosos, sin bajar tampoco la cabeza ni encojer los hombros al silbido de los obuses. Corría por sus venas sangre militar, y aquel voluptuoso no temía á la muerte. Pero la vida al aire libre, la ausencia de su mujer, el estado de excitación producido por la guerra, y la necesidad de goce que sienten casi todos los que arriesgan la vida, habían excitado bruscamente su temperamento de libertino. Cuando su servicio le permitía volver á París y pasar allí veinticuatro horas, se aprovechaba para comer bien y beber champagne en casa de Brebant ó Voisin, en compañía de alguna hermosa muchacha, saboreando los platos de lujo de aquella época, como albaricoques, queso de Grullere ó la rarísima pierna de un carnero criado ocultamente por una criada en un quinto piso.

Una noche que Amadeo Violette se había retardado en los boulevares, vió á Mauricio que salía de un restaurant nocturno, vestido de uniforme y dando el brazo á una linda actriz de Variedades, de la que se hacían lenguas las coristas del teatro por su celo en servir en la ambulancia; pero que á juzgar por las apariencias, no debía pasar muchas rochas á la cabecera de los heridos. Este encuentro proporcionó al poeta un nuevo disgusto. Por tal esposo, María refugiada en un rincón de provincia, de seguro hallaríase devorada por terribles sobresaltos en aquel momento; y era por causa de aquel incorregible vividor; por quien había desdeñado á su amigo de infancia, despreciando el más tierno, delicado y fiel amor.

Con objeto de matar el tiempo y huir de la soledad, Amadeo había vuelto al café de Sevilla, en donde sólo halló un pequeño grupo de sus antiguos conocidos. Los melencólicos al presente, obedeciendo á la ordenanza, habíanse rapado, y la mayor parte de los poetas llevaban kepís y cartuchera. Pero algunos de los barbudos políticos no renunciaban á sus antiguas costumbres; no obstante, la guerra y la caída del imperio fueron un triunfo para ellos, y el 4 de Septiembre los distribuyó en todas las carreras. Veinte barbudos, por lo menos, fueron nombrados prefectos, y todos ó casi todos ocupaban puestos oficiales. Había uno en el gobierno de la defensa nacional y tres ó cuatro elegidos entre los más feroces, en la comisión de barricadas, pues por inverosímil

que el hecho parezca hoy día, esta comisión ha existido y funcionado. Comisión en regla, con oficina constituida, grandes tinteros de loza, papel para letra especial, actas votadas y aprobadas al comienzo de cada sesión, y en derredor de su tapete verde los profesores de asonadas, los doctores en insurrección del café de Sevilla, ponían generosamente al servicio del país la experiencia práctica que habían adquirido ejercitándose en el juego del dominó.

Pero los barbudos que permanecían en París y ocupaban empleos más ó menos considerables en el Estado, no eran infatigables á pesar de su celo y las oficinas en que trabajaban por la salud de Francia se cerraban generalmente á las cuatro, y entonces aquellos hombres disfrutaban de un descanso bien ganado é iban como antes al café de Sevilla á tomar aperitivos. Allí los encontró Amadeo, se mezcló en sus conversaciones, que versaban exclusivamente sobre temas patrióticos y militares.

Estos barbudos, de los que ninguno hubiera sido capaz de mandar «¡flancho derecho!» á un pelotón de infantería, acababan todos de recibir, sin duda, por obra del Espíritu Santo, el genio de la estrategia. Todas las tardes de cinco á siete se libraba en cada mesa de mármol una batalla decisiva. Sostenido por la artillería de la garrafa helada, que representaba el Monte Valeriano, un vermouth de Turín simulaba atacar á un platillo que figuraba ser las baterías de Montretout, mientras que el ejército y la guardia nacional, simbolizados por un bitter y un ajeno, salían en masa por el lado del Sud y marchaban derechos al corazón del enemigo, á Versalles; es decir, á una caja de fósforos.

Entre los barbudos había también hombres de proyectos, inventores terribles que tenían un medio infalible de destruir de golpe los ejércitos prusianos y que acusaban de traidor al general Trochu, culpable de haber rechazado sus ofertas, invocando las góticas preocupaciones del derecho de gentes. Uno de estos visionarios, en otro tiempo médico en casa de una sonámbula, sacaba del bolsillo, á la vez que la petaca y el papel de fumar, una serie de frascos con etiquetas de «cólera, peste, tifus, fiebre amarilla, vómito negro,» etc., y proponía como cosa muy sencilla el ir á derramar estas epidemias en todos los campos alemanes, con ayuda de un globo dirigible que había ideado precisamente la noche antes al meterse en la cama.

Cansado pronto de todos aquellos habladores y locos, Amadeo no volvió al café de Sevilla. Vivió solo, engolfándose cada vez más en su desaliento y nunca quizá le sintió mayor que en aquella mañana del 2 de Diciembre, última batalla de la jornada de Chapigny, mientras se paseaba tristemente entre los pabellones de su batallón.

Aquel cielo bajo en que se agrupaban fúnebres nubes cargadas de nieve, el ruido cercano de los cañonazos, el paisaje fangoso, las casuchas arruinadas, los soldados vencidos tiritando bajo sus harapos; todo esto sumía al poeta en las más profundas meditaciones.

De modo que el género humano, viejo de tantos centenares, de tantos miles de siglos tal vez, ¿se encontraba todavía en este estado, en el odio, la guerra absurda, la muerte fratricida! ¡Progreso! ¡Nunca el reposo; jamás una tregua duradera de paz, de fraternidad, de amor! Siempre reapareciendo la brutalidad primitiva, el derecho del más fuerte teniendo en sus garras de bestia feroz al blanco cadáver de la justicia! ¿Para qué habían servido tantas religiones, filosofías, nobles aspiraciones y grandes esfuerzos del pensamiento hacia el bien, hacia el ideal? ¡Era pues, verdad la horrible doctrina de los pesimistas! ¡Parecidos á los animales, estamos condenados eternamente á matarnos unos á otros para vivir! Si fuera así, debería renunciarse á la existencia, vomitar el alma!

Entretanto redoblaba el cañoneo y á su trágico estruendo se mezclaba la seca granizada de la fusilería.

Al lado de un ribazo cuyos árboles no permitían ver á lo lejos, hacia el Sudeste subía continuamente al cielo gris una humareda blanca muy espesa, esparcida por todo el horizonte.

Todo estaba demostrando que el combate acababa de renovarse allá abajo y debía ser terrible, porque en seguida los carruajes de ambulancia (camiones y ómnibus embargados) empezaron á desfilar llenos de heridos, cuyas quejas plañideras oíanse al paso. Habían colocado á los menos graves en los ómnibus que iban despacio; pero el mal tiempo llenaba de baches el camino, y daba lástima ver el traqueteo de las cabezas de aquellos infelices, dolorosamente sacudidas.

Además, todavía era más lúgubre ver el perfil de los moribundos, tendidos sobre colchones ensangrentados, en las largas y estrechas carreras de bagajes militares.

El horroroso convoy de carne sacrificada se



dirigía lentamente hacia la ciudad, hacia los hospitales; pero los carruajes se detuvieron á cien pasos de la posición ocupada por los guardias nacionales, delante de una casa en donde había-se establecido una ambulancia provisional y en donde dejaban á los heridos menos transportables. El atractivo funesto, pero tan poderoso, que ejercen en el hombre los espectáculos horribles llevó allí á Amadeo Violette. Esta casa respetada del bombardeo y protegida contra el pillaje é incendio por la bandera de Ginebra, ofrecía el tipo de casita de recreo con que sueña todo tendero que ha hecho fortuna. Nada faltaba en ella; ni los leones de loza de la gradería, ni el jardincito con bolas de vidrio, ni el pilón rodeado de rocas artificiales para los peces encarnados. En los calurosos días del pasado estío, las miradas de los pasajeros debieron sorprender en aquella vivienda á un grupo de hombres en mangas de camisa y de mujeres con vestidos claros, comiendo un melón en familia. La imaginación del poeta, que conocía los alrededores de París, recordaba quizá aquel cuadro, cuando de repente se asomó á una ventana abierta en el primer piso un joven practicante, limpiándose las manos con su delantal manchado de rojo, y dirigiéndose á un enfermero militar, en quien Amadeo no había reparado, que tendía ropa blanca en una cuerda del jardín, exclamó:

—¡Vamos, con mil demonios! Vidal. ¡Esas vendas! ¿Las traerás hoy ó el día del juicio?

—Haga usted el favor de apartarse,—dijo al propio tiempo una voz suave cerca del poeta, que se separó para dejar paso á dos camillas, conducidas por cuatro hermanos de la Doctrina Cristiana.

Amadeo hizo un gesto y dió un grito de espanto y de sorpresa; pues en los dos heridos, privados de sentido y que llevaban en las camillas, reconoció á Mauricio Roger y al coronel Lantz.

¡Heridos, sí, heridos mortalmente no hacía una hora!

La cosa iba mal para nuestros soldados allá en la crilla del Marne. Habíase cometido la torpeza de conceder todo un día de descanso dando al enemigo tiempo de concentrar sus fuerzas. Cuando se quiso atacar de nuevo, nuestras tropas se estrellaron contra masas compactas y formidable artillería. ¡Dos generales muertos! ¡Tantos valientes fuera de combate! Por eso una vez más se batían en retirada, perdiendo terreno.

Bajando la cabeza y encogiendo los hombros, inclinado sobre la silla, más por desaliento que por cansancio, uno de los generales con los gemelos en la mano observaba desde lejos nuestras líneas que se replegaban.

—Si al menos pudiéramos fortificarnos allí y establecer un reducto... en una noche y con un centenar de hombres podría hacerse todo. Esa posición es buena, y me parece que está fuera de tiro de los enemigos.

—Podemos intentarlo, mi general—respondió una voz tranquila.

Era el coronel Lantz, el *viejo sntatigua*, que estaba allí de pié, acompañado de Mauricio y de tres ó cuatro ingenieros auxiliares; y ¡á fe mía! á pesar de los cinco galones de su kepis que parecía datar de la «Smala» de Horacio Vernet, el pobre hombre, con los anteojos en la nariz, su largo gabán y su carrillera color de pimienta, no tenía más prestigio que un guarda paseos, uno de esos veteranos que amenazan con el bastón á los chiquillos para impedirles que anden sobre el césped.

—Cuando digo que la artillería de los alemanes no alcanza hasta allá,—murmuró el jefe,—no estoy bien seguro... En fin, tiene usted razón, coronel. Conviene enterarse... Envíe usted, pues, á dos de esos señores.

—Con permiso de usted, mi general,—dijo el coronel Lantz,—iré yo mismo.

Y Mauricio Roger, en un arranque de elegante bravura, añadió en seguida:

—Pero no sin mí, ¿verdad, mi coronel?

—Como ustedes gusten,—dijo el general, que miraba con los gemelos hacia otro punto del campo de batalla.

Seguido por el hijo único de un compañero de armas de Africa y Crimea, el lavador de acuarelas marchó al fuego tan tranquilamente como cuando iba al ministerio con el paraguas debajo del brazo. Mas en el momento en que los dos oficiales llegaban á la meseta, un proyectil disparado por las baterías prusianas cayó sobre un arcón, haciéndole explotar con terrible estrépito.

El suelo se cubrió de cadáveres y de heridos, y el coronel Lantz vió cazadores que huían y artilleros enganchando sus piezas precipitadamente.

—¡Cómo! —exclamó, irguiéndose cuán alto era.—¡Abandonan la posición!

El rostro del coronel se transfiguró.

Abriendo su viejo gabán, que dejó ver su peto de terciopelo negro, en el que brillaba la cruz de comendador, tiró de la espada, se enderezó el kepis, y con los cabellos grises flotando al viento y los brazos abiertos se puso delante de los fugitivos.

—¡Alto! —mandó con voz tonante.—¡Media vuelta, desgraciados, media vuelta!... Ocupáis un puesto de honor... ¡A las filas, hijos míos!... Artilleros, á las piezas!... ¡Viva Francia!

Entonces una nueva bomba estalló á los piés del coronel y de Mauricio, y cayeron los dos...

Amadeo, tambaleándose de emoción y con el corazón henchido de dolor y espanto, entró en la ambulancia detrás de las dos camillas.

—Colocadlas en el comedor,—dijo un enfermero á los conductores.—Allí no hay nadie todavía. El doctor no tardará en venir.

Y en seguida, el joven del delantal ensangrentado, después de echar una mirada á los dos heridos, hizo un gesto de compasión, y se encogió de hombros, diciendo entre dientes:

«Todo es inútil, no vivirán mucho tiempo.»

En efecto, el coronel ya agonizaba.

Habíale tapado con una manta de lana gris sobre la que se conocía la hemorragia por manchas húmedas que se extendían penetrando por la tela. Sin embargo, pareció que el herido volvía en sí; medio abrió los ojos y sus labios se estremecieron.

El médico, que estaba en el portal, acudió al lado de la camilla del antiguo oficial, y se inclinó hacia él.

—¿Tiene usted algo que decirme—le preguntó.

El coronel sin mover la cabeza, miró tristemente al cirujano, ¡oh, muy tristemente! y con voz apenas perceptible, voz de fantasma, murmuró:

—Tres hijas casaderas... Tres... sin dote... tres... tres...

Luego exhaló un profundo suspiro. Sus azules pupilas se oscurecieron, alzaronse un poco hacia el párpado superior y tornáronse fijas y vidriosas. El coronel Lantz estaba muerto.

¡No desesperes, vieja Francia militar!

Tendrás siempre bajo tus banderas soldados de corazón sencillo, resignados de antemano al sacrificio, prontos á servirte por un pedazo de pan y á morir por ti, legándote con fiadamente sus viudas y sus huérfanos! ¡No desesperes, vieja



Francia, la de la guerra de los Cien años y del Noventa y dos!

Los hermanos que llevaban en la manga la cinta blanca con la cruz roja, arrodilláronse cerca del cadáver y rezaron en voz baja. Entonces el ayudante mayor reparó en Amadeo Violette, inmóvil en un rincón de la pieza.

—¿Qué hace usted aquí?—le preguntó bruscamente.

—Soy amigo de este pobre oficial—respondió el poeta señalando á Mauricio, que estaba privado de sentido.

—Bien; pues continúe usted á su lado. . . . Si pide de beber, ahí tiene usted tisana sobre la estufa. Ustedes, señores,—repuso el cirujano, dirigiéndose á los hermanos que se levantaban persignándose,—¿supongo que volverán allá abajo?

Los preguntados inclinaron la frente silenciosamente. El de más edad cerró los ojos al muerto, y el ayudante mayor salió con ellos, diciendo en tono de mal humor:

«Procuren ustedes no traérmelos tan *in extremis*.»

Porque Mauricio Roger se moría también. Debajo de su chaqueta desabrochada se veía la camisa completamente ensangrentada y un hilo de sangre que brotaba de la frente corría por su rubio bigote; pero aún estaba hermoso, no obstante su marmórea palidez. Amadeo cogió con cuidado uno de los brazos del herido, que colgaba, y le colocó en la camilla, conservando entre las suyas la mano de su amigo. A este contacto, Mauricio se agitó débilmente y acabó por abrir los ojos murmurando.

—¡Ah! ¡Qué sed tengo!

El poeta fué á buscar el bote de tisana y se inclinó sobre el desgraciado para darle de beber. Entonces en la mirada de Mauricio se revrató una expresión de sorpresa: reconoció á Amadeo.

—¡Tú, Amadeo! . . . ¿Dónde estoy, pues?

Hizo un vano esfuerzo para incorporarse, volvió un poco la cabeza hacia la derecha, y á dos pasos de él vió el cadáver de su viejo jefe, con los ojos cerrados y el rostro apacible ya, después de los primeros minutos de perfecto reposo.

—¡Mi coronel!—dijo.—Comprendo. . . Ya me acuerdo. . . ¡Cómo huían! . . . ¡Estúpidos, cobardes. . . . Pero tú, Amadeo. . . . ¿cómo estás aquí?

Y viendo las lágrimas que su amigo no podía contener:

—¿No hay remedio, verdad?—murmuró.

—¡No, no!—exclamó calurosamente Amadeo,—van á curarte en seguida. . . El doctor va á venir. . . ¡Valor, mi buen Mauricio, valor!

Mas de repente el herido sintió un gran escalofrío, apretó los dientes y dijo con espantoso temblor en los labios:

—Tengo sed. . . Dame de beber, amigo mío. . . dame de beber.

Algunos sorbos de tisana le calmaron un poco. Cerró los ojos como para descansar ó recogerse; pero un minuto después volvió á abrirlos, fijólos en el rostro de su amigo y le dijo con voz que se extinguía:

—Sabes. . . María, mi mujer. . . cástate con ella. . . Ella. . . mi hijo. . . te los confío. . .

Luego, sin duda agotadas sus fuerzas por la fatiga de haber pronunciado estas palabras, quedó aletargado en la camilla, cuya tela estaba empapada en sangre. Poco después empezó el estertor. Amadeo, arrodillado al lazo de Mauricio, con la mano de éste entre las suyas, lloraba; y en los intervalos que mediaban entre los hipos del agonizante, oía siempre, allá abajo, del lado de la batalla, el tronar no interrumpido del cañón que mataba á otros.

XVII

¡Las hojas caen!

Esta hermosa tarde de Octubre tiene una serenidad deliciosa. Ni una nube en el azul intenso del cielo, donde el sol, que ha derramado desde por la mañana pura y armoniosa luz, comienza á declinar magestuosamente, semejante á un buen rey que envejece después de un reinado largo y próspero. ¡Qué aire tan ligero, apacible y fresco! Es seguramente el día más hermoso de este otoño. Allá abajo, en el fondo del valle, el río sal-

picado de puntos luminosos parece de plata líquida, y los bosques que bordean las orillas semejan de oro de-leído y de cobre ardiente. El lejano panorama de París, grandioso y encantador, con todos sus edificios ilustres y la cúpula de los inválidos, brillante como una joyería, limita el horizonte. Del mismo modo que una mujer tierna y coqueta que quiere que no se la olvide dedica á su amigo, en el momento de la partida, su más embriagadora sonrisa, así la otoñada se adorna en sus últimos días con toda su espléndida suavidad. ¡Pero las hojas caen!

En Meudon, en el jardín de la casa de campo que habita desde hace años Amadeo Violette, que se ha casado poco tiempo después de la guerra con la viuda de Mauricio, y que ya viene más de treinta años, se pasea solo en el terrado sombreado de tilos medio despojados de sus hojas, admirando el paisaje otoñal.

Amadeo ha conquistado la celebridad: ha trabajado mucho, fundando en obras de verdadero arte su reputación de poeta. Muy envidiado y todavía juzgado frecuentemente con injusticia, pero estimado por su existencia digna que llenan por entero los cuidados del arte, ocupa un puesto distinguido en la república de las letras. Aunque muy modestos, sus propios recursos le bastan para librarse de triviales preocupaciones. Viviendo lejos del mundo, en la estrecha intimidad de los que ama, no conoce las miserias de la ambición ni de la vanidad. Amadeo Violette debe ser dichoso.

Su antiguo camarada Pablo Sillery, que ha venido esta mañana á almorzar en Meudon; Pablo Sillery, condenado al esfuerzo cotidiano, á la existencia enervante y sin descanso del periodista, ha exhalado un profundo suspiro al instalarse en el vagón que le volvía otra vez á París al trabajo forzado, al artículo que pergueñar para el día siguiente, en medio del estrépito de la oficina de la redacción, al lado del cigarro interrumpido y dejado al borde de la mesa.

¡Ah! Amadeo no es digno de lástima.

Tiene comodidades, hogar, familia; no está obligado á gastarse como moneda suelta ni á derramar su talento como perdigones. Puede detenerse cuando no se siente inspirado; puede pensar antes de escribir y producir obras buenas. No es, pues, sorprendente que en la atmósfera de afectos que le rodea, conciba verdaderas obras artísticas, libros simpáticos llenos de naturalidad. En primer lugar, adora á su mujer, esto salta á la vista, y se ha acostumbrado á considerarse como hijo suyo al pequeño Mauricio, á ese tunantuelo de diez años tan elegante y espigado, con sus largos cabellos de infante real. Seguramente que en la señora de Violette se adivinaba un disgusto inolvidable, algo como muerto ó deshecho; ¡pero mira á su marido sin cesar con una expresión tan buena de gratitud! Y ¿hay nada más conmovedor que esa Luisa Gerard, esa excelente solterona alma de la casa, que encuentra medio de que reine en ella el orden gracioso y el bienestar elegante, rodeando al mismo tiempo de cuidados á la mamá Gerard, la abuela paralítica? ¡Ciertamente! Amadeo ha arreglado bien su vida. Ama y es amado. Se ha creado hábitos seguros gratos para su corazón y para su talento. ¡Vamos! Es un dichoso y un sabio.

Mientras Pablo Sillery, hundido en el coche del tren, envidia á su amigo Amadeo, retenido por el encanto de aquel hermoso día que va á terminar, se pasea lentamente y se entretiene bajo los tilos del terrado.

En torno suyo las hojas caen.

Acaba de levantarse una débil brisa. El azul del cielo palidece un poco. Allá abajo, en el arrabal de París más cercano comienzan á resplandecer las ventanas bañadas por los resplandores oblicuos del sol poniente. Pronto será de noche, y sobre la alfombra de hojas secas que chascan bajo los pasos del poeta, caen otras hojas. Caen poco á poco, lenta pero continuamente. La escarcha de la noche anterior las ha quemado. Las que aún quedan en los árboles, arrugadas y de color mohoso, están medio desprendidas y por muy ligero que sea el viento que sopla, las va dejando caer una á una. Desgajándose de la rama, dando vueltas un instante entre la luz dorada se desprenden al fin produciendo un sonido triste y se reúnen á sus hermanas ya marchitas, que tapizan la arena de la avenida. ¡Las hojas caen, las hojas caen!

Amadeo Violette se siente invadido por la melancolía.

Debía ser dichoso. ¿Qué puede reprochar al destino? ¿No tiene por mujer á la que ha amado y deseado siempre? ¿No es para con él la más dulce, la mejor de las compañeras? Sí, pero él sabe demasiado que ha consentido en ser su esposa sólo por obedecer á la orden suprema de Mauricio; sabe demasiado que su corazón está sepultado en la tumba del soldado muerto en Champigny. María esconde en su alma un secreto altar de recuerdos, en el que Amadeo no es ni será nunca admitido y en donde constantemente, como una lámpara de santuario, la memoria del muerto adorado, del hombre á quien ella, virgen amorosa, se había entregado sin reserva, del padre de su hijo único, del héroe que se arrancó de sus brazos para ofrecer su sangre á la patria.

Amadeo puede estar seguro de la gratitud, de la abnegación de su mujer; pero nunca poseerá su amor. Rival póstumo. Mauricio se interpone entre ella y él. ¡Y sin embargo, Mauricio ha amado bien poco y bien mal á la pobre María! Debía ella acordarse de que primeramente la sedujo de un modo poco digno, que pensó en abandonarla, y que, sin Amadeo, no hubiera llegado á ser su mujer. ¡Y si supiera que en París, durante el sitio, cuando ella estaba lejos, era engañada por Mauricio, que olvidando sus sagrados deberes pasaba los mejores ratos al lado de mujerzuelas! Pero no lo sabrá. Amadeo es demasiado delicado para tocar á la memoria del muerto, y además respeta y admira en María esa fidelidad de sentimiento é ilusión. Y sin embargo, esto le hace sufrir. Aquella á quien ha dado su nombre, su corazón y su vida, se muestra en el fondo inconsolable.

Debe, pues, resignarse. Casada por segunda vez, María continúa viuda en lo más recóndito de su alma, y es en vano que se ponga trajes claros: su sonrisa y sus ojos siempre están de luto.

¡Su Mauricio! ¿Cómo podrá olvidarle, cuando revive cerca de ella en su hijo, en este hermoso hijo del amor, que se llama también Mauricio y cuyo expresivo y gracioso semblante ofrece tan notable parecido con el de su padre?

Amadeo tiene el presentimiento de que dentro de algunos años, este niño será otro Mauricio, con los mismos atractivos y los mismos vicios. El poeta no olvida que su amigo expirante le confió el huérfano, y trata de ser bueno y justo para con él, educándole bien. A veces siente amargo enternecimiento al ver reproducidos en el niño las facciones y los instintos del hombre que le fué tan querido y que le hizo tanto mal; mas á pesar de todo, él, cuyo matrimonio estéril, no puede experimentar sentimientos de padre por un hijo ajeno.

¡Y envidian al pobre Amadeo! La poca alegría de que goza está mezclada de disgustos y tristeza, y no puede confiarlos á la excelente Luisa, que, sin embargo, los adivina; á Luisa, en quien ahora sospecha el secreto sentimiento que ahogado valerosamente abriga hacia él; á Luisa, que es el genio benéfico del hogar. ¡Si él la hubiera comprendido en otro tiempo. . . . Quizá hubiese encontrado en ella la dicha, la verdadera dicha!

¡Las hojas caen, las hojas caen!

Después del almuerzo, fumando cigarrillos y paseando á lo largo de los macizos de dalias, en donde las gruesas y doradas arañas de otoño tejen sus telas, Amadeo Violette y Pablo Sillery hablan del pasado, de los compañeros de juventud. No es por cierto conversación muy alegre; pues desde aquel tiempo han sobrevenido la guerra, la *commune*, el fin del mundo. ¡Cuántos muertos! ¡Cuántos desaparecidos! Además, esta revista retrospectiva enseña que se equivocaban completamente respecto á muchas personalidades, y que en resumidas cuentas sólo impera la casualidad.

«Fulano de tal,» á quien en otro tiempo se consideraba como á gran prosista, como á jefe de escuela, cuyas doctrinas artísticas difundían cinco ó seis jovencuelos, discípulos fieles, tratando de imitar el corte de su chaleco y hasta su modo de hablar apretando los dientes; «fulano de tal» se halla reducido á escribir en periódicos pornográficos cuentos repujados y cincelados como los obscenos marfiles del Japón. «Zutano,» el fogoso revolucionario, ha pedido un buen empleo, y en cambio, el modesto «mengano,» un comparsa, un fondo de cuadro apenas conocido en los cenáculos, ha publicado sencillamente libros exquisitos, obras maestras.

Todos los melenudos y todos los barbudos, han seguido igualmente caminos inesperados. Pero

sobre todo, los políticos son sorprendentes por la variedad de sus destinos. Entre los parroquianos de la hora del ajenjo en el café de Sevilla, se encuentran ocho diputados, tres ministros, dos embajadores, un receptor general y treinta presidiarios que aguardan en Numea la tardía hora de la amnistía. Bien considerado, el más interesante, es ese sectario imbécil, Dubief, el viejo fanático, que sólo bebía agua azucarada; porque él, al menos, se hizo matar en la acera por el fuego de un pelotón de los versalleses.

Uno de los personajes cuyo recuerdo disgusta más á los dos amigos, es el saltimbaquí Arturo Papillón.

El sufragio universal, con su inteligencia de costumbre, no ha podido menos de elegir á ese tonto frasista, que hoy día se mueve como el pez en el agua en medio de la cloaca política. Enriquecido por la pesca de una considerable dote, ha sido sucesivamente diputado, ponente de comisión, secretario, vicepresidente, presidente de grupo, subsecretario de Estado; todo cuanto es posible ser, en una palabra. Al presente truena contra el clericalismo, y su mujer, fea, rica, y piadosa, acaba de meter á su hija en *Les Oiseaux*. Aún no ha gastado cartera; pero no hay cuidado, ya llegará á eso. Es vanidoso, está lleno de confianza en sí propio, no es más honrado de lo que hace falta y se impone. A menos que para entonces no se decida establecer un turno á fin de que todos los diputados sean ministros, ó jugar las carteras al as de oros (lo cual no sería tan tonto) Arturo Papillón es el hombre indicado, necesario, fatal en tres ó cuatro combinaciones.

Entonces ¡pobres de nosotros! Su elocuencia lloverá á chaparrones, y será uno de los microbios más agitados del caldo del cultivo parlamentario.

¿Y Jocquelet? ¡Ah! Los dos amigos sólo necesitan pronunciar su nombre para reír á carcajadas; porque el ilustre actor llana en la actualidad al mundo de su gloria y de ridiculez. Desde hace mucho tiempo Jocquelet ha roto la cadena que le sujetaba á los teatros de París. Como la bandera tricolor, ha dado varias veces la vuelta á Europa. Como el pabellón inglés, ha surcado todos los Océanos.

Es el gran cómico de la legua y todas las capitales del mundo esperan pataleando de impaciencia que se digne derramar sobre ellas el bienhechor maná de sus monólogos. En Chicago, en donde han desenganchado la locomotora que le conducía, tuvo intención, en vista de tal homenaje proporcionado á su mérito, de hacerse naturalizar como ciudadano americano. Pero le han propuesto un nuevo viaje artístico por la

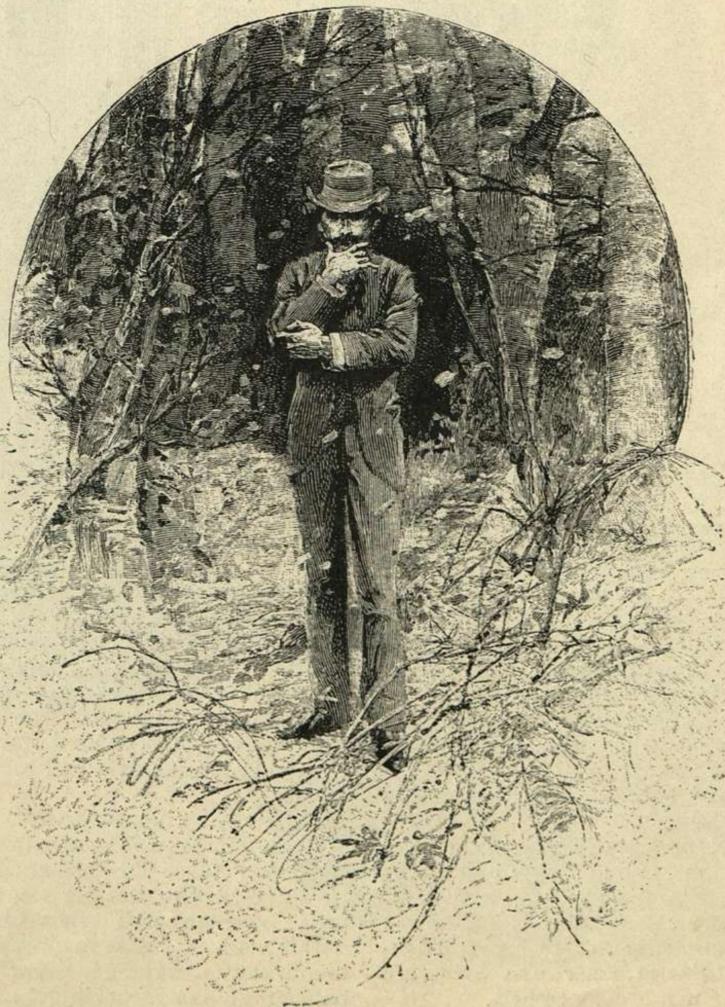
vieja Europa, y por recuerdo filial (los grandes corazones tienen esas debilidades) ha consentido en venir todavía una vez más entre nosotros. Como siempre, ha recolectado montones de oro y de laureles. Sin embargo, al llegar por mar á Stockolmo, se ha sorprendido penosamente de que la escuadra no le haya saludado con salvas de artillería, como lo hizo poco ha en honor de una célebre cantante. ¡Tenga cuidado la diplomacia! Jocquelet se muestra frío con la corte de Suecia.

Después de marcharse Pablo Sillery, Amadeo da vueltas á la memoria recordando muchas cosas pasadas y evoca otras figuras medio borradas: como por ejemplo, la de la señora de Roger, á quien ha debido tratar menos con motivo de su matrimonio con María, respetando el luto trágico de aquella madre. No obstante, algunas veces lleva á su casa al pequeño Mauricio. La desgraciada señora ha recogido y dotado á las tres hijas del coronel Lantz. Amadeo también suele acordarse del lindo perfil de Rosina Combarieu, su compañera de infancia, á quien encontró una noche en Bullier y á quien no ha vuelto á ver desde entonces. ¿Qué habrá sido de la pobrecilla? Amadeo casi cree que ha muerto. . . . ¡Ah! ¡Qué tristes son los antiguos recuerdos en otoño, á la caída de las hojas, cuando se pone el sol!

El astro del día se ha puesto ya, hundiéndose en el horizonte y extinguiéndose de súbito. En el paisaje obscurecido, en el vasto cielo de color de perla, se derrama el fúnebre estremecimiento que sucede al adiós del día. Los vapores blancos de la ciudad se tornan grises y el río parece un espejo empañado. Hace poco, iluminadas por el último rayo de sol, las hojas muertas semejaban al caer una lluvia de oro; ahora parecen negra nieve.

¿Dónde están tus esperanzas é ilusiones de otro tiempo, Amadeo Violette? Esta tarde en la rápida fuga de los años, sueñas con las margaritas de cementerio que empiezan á florecer en tus sienas. Tienes la prueba hoy día de que el amor recíproco es absolutamente imposible en este mundo. Sabes que la dicha ó lo que así se llama, sólo existe en parte, que no dura más que un minuto, que es frecuentemente mediana y que el día de mañana es amargo: sólo esperas consuelo en tu arte. Abrumado por el monótono fastidio de vivir, pides el olvido á la embriaguez de la poesía y del ensueño. ¡Ay! ¡Ha acabado tu juventud, pobre sentimental! ¡Las hojas caen, caen, caen!

FRANCISCO COPPÉE.



Páginas de la Moda



FIG. 1.—DOS TRAJES DE CEREMONIA.

LECTURA PARA LAS DAMAS

LA EDUCACION

No es la escuela la llamada á encauzar el carácter del niño.

La escuela nutre de conocimientos la inteligencia del niño, por medio del maestro, pero la educación del niño pertenece únicamente á la madre.

Educación quiere decir la lactancia que prepara y forma el corazón del niño para las hermosas y saludables máximas del bien.

La escuela pulimenta el entendimiento, mientras que el hogar modela el corazón.

La instrucción debe estar subordinada á la educación, porque la educación es la que dirige el alma.

Una mujer instruida, pero nada más que instruida, corre riesgo de no servir para madre.

Una mujer educada, aun cuando carezca de ilustración, reúne todos los títulos para ser una excelente madre, porque antes fué una excelente hija.

Un hombre erudito, así haya nacido en un palacio, si carece de educación, no será otra cosa que un mueble barnizado.

La instrucción es el barniz de la inteligencia, en tanto que la educación obra sobre el espíritu, corrige las pasiones, suaviza las asperezas del carácter y refrena los ímpetus del corazón.

Si pretendemos que la escuela cumpla la misión que de derecho corresponde á la madre, hagamos hombres que lleven á la escuela una educación de alma exquisita; que exquisita debe ser la educación del corazón del maestro, si ha de formar y preparar á un tiempo la inteligencia y el corazón del niño desde la escuela.

¿Que no hay hombres así?

Pues dejemos á la madre la tarea, la árdua y trascendental tarea de formar el corazón de sus hijos, para que cuando esos hijos se transformen en hombres, busquen para esposas mujeres de las virtudes de sus madres, y esas madres nuevas sigan formando hombres que hagan del hogar el único y formidable baluarte de la educación del niño.

Duración de existencia entre los animales

El oso y el lobo no viven mucho más de veinte años; rara vez se ha visto al lobo, al verdadero lobo, pasar de esta edad. Los leones viven mucho. Se ha visto en el Jardín Zoológico de Londres, á un león que llegó á los sesenta años, á pesar de la curiosidad indiscreta de los visitantes, la carne de calidad secundaria con que se le nutría y el abuso de pan con que lo bombardeaban sus admiradores.

Las liebres y los conejos viven ocho años. Se afirma que los elefantes han alcanzado cuatrocientos años. Cuando Alejandro el Grande venció á Porus, en Porus consagró al sol uno de sus animales que había combatido valerosamente y le dió el nombre de Ajax.

Volvióle la libertad después de haberlo provisto de una marca distintiva. Ahora bien, 350 años después se encontró al animal. ¡Extraño poder de las marcas distintivas.

Los rinocerontes no viven más que 22 años; el faisán y la gallina no pasan de 12; la ballena vive hasta

mil años; los delfines y los peces espadas 30 años. Los cochinos de 8 á 10 años.

Los pericos llegan á una edad muy avanzada. En Florencia se ha visto una de esas aves de más de 110 años y que pertenecía á la misma familia desde hacía tres generaciones.

La cabra nunca pasa de 15 años; los pelícanos viven hasta 100 años. Los bueyes que se escapan á la matanza, llegan hasta 35. El caballo no pasa de 35 años; el burro no llega más lejos. Un perro de 20 á 25 años es sobrado raro. El gato de 15 años es un anciano completo. Las águilas, en cambio, han llegado hasta 130 años.

EL AMOR EN 27 LENGUAS.

En italiano, portugués y español se dice "amo;" en griego, "aghapo;" en rumano, "eu iubesc;" en inglés, "I love;" en ruso, "lioubliou;" en holandés, "inmaak;" en alemán, "ich liebe;" en bretón, "karan;" en danés, "jegelsker;" en sueco, "jagalskar;" en polaco, "kocham;" en vascongado, "maitatzendet;" en húngaro, "varock;" en turco, "sereyorum;" en árabe, (Argelia) "neab;" en árabe, (Egipto) "nef'al;" en persa, "doust darem;" en armenio, "gesírem;" en el Indostán, "main bolta;" en Cambodge, "khuhom sreland;" en Annam, "toithu'o'ng;" en China, "ono hi honan;" en el Japón, "Watakusi masu;" en malayo, "sahya suca;" en volapük, "lopob;" en francés, "j'aime."

NUESTROS GRABADOS.

FIG. 1.—DOS TRAJES DE CEREMONIA.

De última novedad ambos: el primero formando una falda fantasía y un cuerpo sencillo, drapeados ambos con gran rejilla y ahuevados de muselina de seda.

En la parte inferior de la falda, gran bordado á guías. Encuadrando el escote que es redondo, tres órdenes de volantes.

El segundo es de foulard muy rico, todo bordado de guías y cálices y rematando en la falda en cinco órdenes de volantes de tul. Escote redondo y gran fichú avolantado de muselina de seda.

FIG. 2.—BLUSA DE INTERIOR.

Blusa de satén, drapeada á derecha é izquierda de una aplicación á cuadros de entredoses de encaje. En el centro plissé detenido por una aletilla.

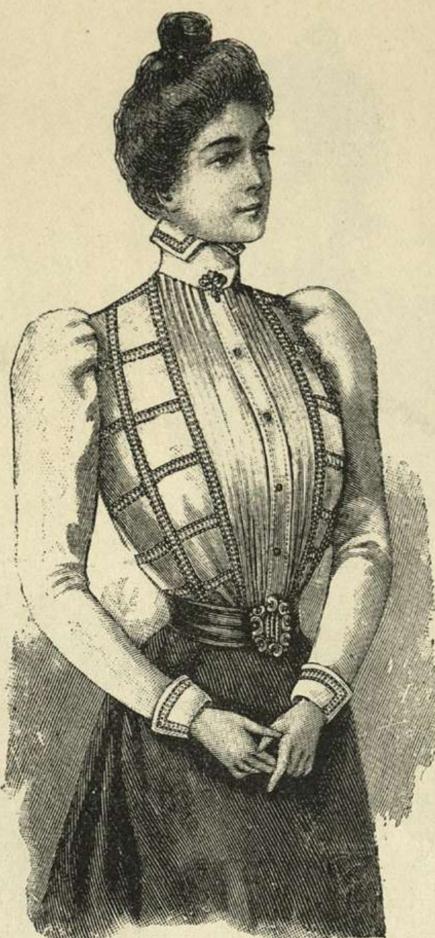


FIG. 2.—BLUSA DE INTERIOR.



FIGS. 3 Y 4.—TOILETTES DE CASA.

FIG. 3.—TOILETTE DE CASA.

Bata interior de muselina negra á puntos blancos, Muceta de cheviotte, cayendo en hermosa túnica orlada de cinta, sobre la falda.

FIG. 4.—OTRA TOILETTE DE CASA.

De cheviotte muy sencilla, sin más adorno que cinta de terciopelo formando los anjes en la parte inferior de la falda y una capelina de blonda antigua.

FIG. 5.—TRES MODELOS PARA DAMAS.

El primero de cheviotte acero, formando en la falda una elegante túnica bordada en paja de seda y ribete de cadenilla. La falda va orlada también de cadenilla. Cuerpo blusa con un gran escudo bordado. Plastrón triangular de guipure.

El segundo es de cheviotte azul marino con patas en la falda y en el cuerpo, de tres en tres en la primera y de uno en uno en el segundo. Adorno de cinta de terciopelo y pequeño plastrón de rejilla, sobre satén blanco.

El tercero de piel de seda, falda lisa y jacquette á dos alas bordadas de cinta de seda y abiertas sobre una camisola de tul bordado, adornado por una corbata de satén fantasía. Es un modelo de indiscutible elegancia.

FIG. 6.—CUELLO FICHU.

Está compuesto de un empiezo plomo, recubierto de muselina fruncida, cortada de entredoses. Tres volantes de tafetán, tallados en forma, se ligan á la parte inferior del empiezo; estos volantes que se aconchan naturalmente de cada lado del delantais, se orlan de *ruchés* en cinta de muselina negra, cuello guarnecido de museina plissé y de un nudo de satén negro.

FIG. 7.—MANGAS NUEVAS PARA TRAJES HABILLES.

a. Manga en tafetán glacé, tallada de una sola pieza. La parte inferior se abre sobre un volante de encaje. La parte alta está guarnecida de un jockey de bordado que cae sobre un abullonado de tafetán glacé.

b. Manga de muselina de seda. Está formada de una parte inferior fruncida y de una parte superior abullonada, reunidas por dos entredoses de encaje. En la parte baja de la manga nudo papillón en satén negro.



FIG 5. —TRES MODELOS PARA DAMAS.

CUATRO PAGO DE \$5,000 00 DE "LA MUTUA"

EN TAPACHULA.

Un timbre por valor de \$5.00 debidamente cancelado.

Recibí de «The Mutual Life Insurance Company of New York,» la suma de \$5,000 cinco mil pesos oro americano, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 741,304 bajo la cual estubo asegurado mi finado esposo Don Rutilo Francisco Maldonado, y para la debida constancia en mi carácter de tutora de mis menores hijos Luis, Fabio y José Alberto Maldonado, beneficiarios, extendiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en Tapachula, á 26 de Enero de 1899.

Firmado:—CECILIA L. DE MALDONADO.—Rúbrica.

Un timbre de 50 cts. debidamente cancelado.

Manuel Salvador Elorza, Notario Público del Estado de Chiapas. Certifico y doy fe: que la firma que antecede es de la señora Cecilia L. de Maldonado.

Tapachula, Enero 26 de 1899.

Firmado.—MANUEL S. ELORZA. E. P.—Rúbrica.

Llamamos la atención del público que el Sr. D. Rutilo Francisco Maldonado, es el mismo que se refiere en el pago de la semana pasada de diez mil pesos plata.—Así es que la Compañía pagó más de veinte mil pesos en este siniestro.

El Sr. Maldonado fué desgraciadamente asesinado á las pocas semanas después de haberse asegurado.



FIG. 7.—MANGAS NUEVAS PARA TRAJES HABILLEES.

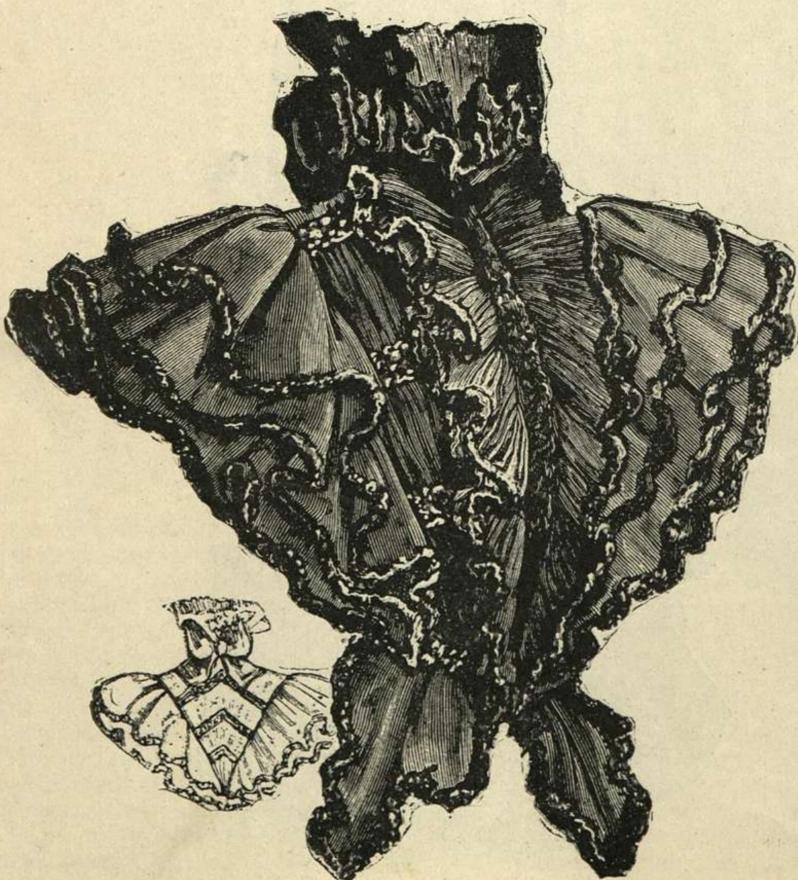


FIG. 6.—CUELLO FICHU.

a Tempo

Dimin. e poco riten.

p

Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Ped. *

Ped. * Ped. * Ped. *

Peligioso

Dimin.

p e sostenuto

Ped. * Ped. * Ped. * Ped.

Ped. * Ped. * Ped. *

p *sf*
Ped. *

a Tempo
Poco riten. *p*
41 5
Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Ped. *

Ped. * Ped. * Ped. * Ped. *

Ped. * Ped. * Ped. *

a Tempo
Dimin. e poco riten. *p*
Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Ped. *

Ped. * Ped. * Ped. Ped. * Ped. *

Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Dimin. *

Religioso

p

Dimin.

Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Ped. *

pp *ppp*

Ped. * Ped. * Ped. * Ped. * Ped. *